

# La Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 6 DE NOVIEMBRE DE 1911

NÚM. 1.558

ROMA. EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE MODERNO



A PLENA VIDA, cuadro de José Pinazo Martínez

La crítica italiana y los más eminentes artistas dedican lisonjeras apreciaciones y merecidos elogios á la obra de este distinguido pintor, que con otros de sus compañeros ha enriquecido el Pabellón Español, que representa el arte de nuestro país en el actual certamen artístico internacional que se celebra en Roma. No en balde ostenta el á que nos referimos un apellido ventajosamente conocido y son celebradas sus obras por propios y extraños.

# SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *¡Feol!*, cuento por Sebastián Gomila. — *La muerte de Jesús*. — *Barcelona. Visita de los marinos argentinos*. — *El Observatorio del Monte Rosa* — *Monumento á Bossuet*. — *Homenaje á Pedrell*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; continuación). — *De Melilla*. — *Monumento á Pablo Duval*. — *Barcelona. La banda municipal madrileña*. — *El monumento á las Cortes de Cádiz* — *El nuevo dirigible alemán «Schütte-Lanz»* — *Boda del archiduque Carlos Francisco José con la princesa Zita de Borbón*. — *Libros enviados*.

**Grabados.**—*A plena vida*, cuadro de José Pinazo Martínez. — *Dibujo de Brull* que ilustra el cuento *¡Feol!*. — *La muerte de Jesús*, obra de José Llimona. — *Mrs. Thicknesse*, retrato pintado por Gainsborough. — *Barcelona. La banda municipal madrileña* (lámina). — *Barcelona. Visita de los marinos argentinos* (cinco fotografías). — *Madrid. Exposición de Arte Decorativo* (dos láminas). — *Observatorio del Monte Rosa (Italia)*. — *El eminente compositor Felipe Pedrell*. — *La duquesa María de Aosta*. — *Monumento á Bossuet*. — *Melilla. Carrera de cintas á beneficio de los soldados heridos* (dos fotografías). — *Boceto de monumento al ilustre novelista francés Pablo Duval* — *Monumento conmemorativo del Centenario de las Cortes de Cádiz*. — *El dirigible alemán Schütte-Lanz*. — *El profesor Schütte-Lanz, inventor del dirigible*. — *Boda del archiduque Carlos Francisco José con la princesa Zita Borbón de Parma*.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Desde mi última crónica la vida barcelonesa ha recobrado su habitual animación. El veraneo, más prolongado este año que en los anteriores, por la persistencia del calor, concluyó definitivamente. Universidad, corporaciones científicas, academias, centros de instrucción y cultura, reanudaron su período de actividad con nuevos bríos y nuevos proyectos.

La reconstitución del Teatro Catalán parece haber llegado á una fórmula expedita y viable. El primer Congreso Nacional de las Artes del Libro, organizado por el Instituto Catalán del mismo nombre, constituyó en todos sentidos una iniciativa feliz y ha dejado una larga estela de propósitos generosos, de organizaciones útiles, de estudios interesantísimos. La Biblioteca de Cataluña, nacida al calor de otro Instituto novel, el de Estudios Catalanes, será muy pronto puesta á disposición del público, habiendo terminado las obras que para instalarla dignamente se hacían en el viejo y noble edificio de la Diputación.

La banda municipal de Madrid, que dirige el ilustre maestro Villa, acompañada del alcalde y una comisión de concejales de aquel Ayuntamiento acaba de ser objeto, en Barcelona, de justos agasajos y ovaciones, por ofrecer, en el género de las «músicas militares», la misma seriedad, disciplina, conciencia y sentido artístico intransigente que la Orquesta Sinfónica. Morera, el músico de las vehemencias catalanas y de la inspiración patriótica, de regreso de la Argentina, tuvo un afectuoso recibimiento, un homenaje de bienvenida lleno de afecto y calor. El insigne Pedrell ha sido festejado en Tortosa, su ciudad natal, con otro homenaje merecidísimo por el compositor y musicólogo cuyos esfuerzos de restauración y cuyas exhumaciones de los tesoros artísticos populares y de la herencia de los grandes maestros españoles, figuran dignamente al lado de la restauración intelectual y literaria que Menéndez Pelayo ha conducido y conduce tan gloriosamente. Y la fragata argentina *Presidente Sarmiento*, devolviendo á España y á la ciudad de Barcelona la visita que hicieron á Buenos Aires con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia de aquel país, ha añadido otra nota vibrante y entusiasta á ese conjunto de manifestaciones urbanas, cortesanas y llenas de agrado...

En suma: la ciudad es, á estas horas, la ciudad foco, con sus vías rebosando de gente, con sus tiendas chorreando luz al anochecer, en el encanto de las veladas otoñales, cuando los mostradores se llenan de nuevos surtidos, y las castañeras ocupan su puesto en las esquinas, y las coronas fúnebres, las flores, los farolillos y ofrendas mortuorias, recuerdan al observador la fecha que consagramos á los difuntos y la magnificencia y fidelidad que pone Barcelona en conmemorarla y que constituye uno de sus rasgos más característicos.

\* \*

«¡Pobre Yorick! — dice el príncipe de Dinamarca en el cementerio, interrumpiendo su diálogo con los enterradores y acariciando el cráneo del antiguo ju-

glar. — ¡Pobre Yorick! ¡Yo le conocí todavía, Horacio! Era un mozo de locuacidad inagotable, de fantasía exquisita; miles de veces me llevó á cuevas, con amor. Y, ahora ¡qué horror no produce á mis sentidos! El corazón se me destroza... ¡De aquí pendieron unos labios, aquellos labios que tantas veces colmé de besos! ¿Dónde están ahora tus gracias? ¿Dónde tus donaires y canciones? ¿Dónde aquellos relámpagos de jovialidad que hacían estremecer de risa á toda la mesa? ¡Qué! ¿No te queda ya ni una mala ocurrencia con que burlarte de tu propia catadura? ¿Para siempre se deshizo en polvo tu boca? ¡Vuela, corre al cuarto de la reina, mi soberana, y dile que hace bien en adobar sus mejillas con una pulgada de afeites, porque, dentro de poco, han de convertirse en tu misma hediondez! Esto la divertirá sin duda...»

Así, de cuando en cuando, la humanidad medita, como Hámlet, ante la calavera y formula el problema, jamás agotado, de su destino. He aquí la suprema distinción del hombre con respecto á las demás especies: su preocupación del pasado y del porvenir. Vive en el día, pero lleva dentro de sí mismo y sobre sí mismo todo lo que fué; sabe que su vida terrena se apaga como un soplo, y, no obstante, trabaja para la eternidad. Se siente oscilar como un punto de luz entre dos obscuridades inmensas.

¿Es una simple astucia del instinto ó de la razón, ese secreto impulso mediante el cual la humanidad gravita unas veces hacia lo pasado y otras veces hacia lo futuro, como si tuviera su centro de atracción, no en sí misma, sino fuera de sí misma? Lo cierto es que no falta en ningún siglo, en ningún pueblo, en ninguna cultura de que queden vestigios apreciables, ese recuerdo de lo pasado, que es el primer tránsito ó enlace con lo sobrenatural y que señala el primer momento histórico de no pocas religiones. Ella ha nutrido también la literatura y arte de todos los tiempos, proporcionándoles uno de los temas matrices, uno de los grandes ejes alrededor de los cuales gira la actividad del espíritu humano.

\* \*

En balde el materialismo ha querido tranquilizar la conciencia de nuestra especie, reduciendo la noción de la vida á sus puros términos fisiológicos. Si esa negación fuera categórica hubiera acabado por rendir á sus adeptos y por conquistar su imperturbable aquiescencia. Pero, ¿dónde están el estoico, el escéptico ó el cínico que, ante la consideración de la muerte, no sientan una inquietud, un sobresalto, una alarma incompatibles con el estado de perfecta convicción? ¿A qué esta alarma, si todo reposa en un error ó en una fábula grosera, propia únicamente de la infancia de los pueblos?

Así como el culto de los muertos precedió á muchas religiones ó fué su primer vagido, así también sobrevive en las almas que se creen más emancipadas de su influjo y que nunca se resuelven á romper este vínculo que las une á lo sobrenatural. El espíritu más desolado y muerto á la fe, siente ira ó turbación en presencia de la muerte: no la acepta con impasibilidad científica, no la acata como se acata un determinismo fatal. Su resignación no es más que aparente y llena de ponzoñosa ironía, ó estalla su decepción en líricas imprecaciones y en blasfemias delirantes, como Baudelaire ante la inmundicia carroña podrida, que interrumpe su paseo amoroso:

«Le soleil rayonnait sur cette pourriture  
comme afin de la cuire à point,  
et de rendre au centuple à la grande Nature  
tout ce qu'ensemble elle avait joint;

et le ciel regardait la carcasse superbe  
comme une fleur s'épanouir;  
la puanteur était si forte, que sur l'herbe  
vous crûtes vous évanouir.

— Et pourtant vous serez semblable à cette ordure,  
à cette horrible infection,  
étoile de mes yeux, soleil de ma nature,  
vous, mon ange et ma passion!

Alors, o ma beauté! dites à la vermine  
qui vous mangera de baisers  
que j'ai gardé la forme et l'essence divine  
de mes amours décomposés!»

Si no se tratara más que de un orden material, ciego é implacable, ¿á qué ese tormento, á qué esa angustia, á qué esa petición inextinguible de inmortalidad, á qué ese horror al vacío, que eleva el alma

humana por encima de la naturaleza y se obstina en eternizar la forma y la esencia de lo deleznable?

\* \*

Yacen en lo más hondo de nuestro espíritu advertencias misteriosas, visiones y previsiones que concuerdan, de manera admirable, con muchas verdades pacientemente adquiridas por la ciencia experimental ó por testimonio histórico. En esas capas profundas parece dormir, en estado de reminiscencia, como un reflejo de los pasados cataclismos geológicos ó como una anticipación de los que pueden sobrevenir.

Cuando hoy leemos en las revistas de astronomía ciertas hipótesis de los sabios respecto á la suerte futura de nuestro planeta, asentimos á ellas con vago terror, en el cual los razonamientos científicos se confunden con un estado universal de conciencia, extendido á todos los pueblos desde la edad más remota. Durante épocas enteras, semejantes terrores quitaron el sueño á la humanidad y produjeron aquellos espantos milenarios, aquellas visiones terribles, aquellas condensaciones de la imaginación que, como las profecías de Arnaldo de Vilanova, el *Infierno* de Dante y la *Danza general* ó de la muerte, bastarían á dar carácter y diferenciación á la Edad Media. Era una tendencia al más allá y como una proyección de ese mundo oculto y tenebroso sobre la vida de nuestra carne percedera, atormentándola y manteniéndola insomne, bajo la excitación de un eterno Apocalipsis.

Esa preocupación no ha desaparecido ni del arte ni de la filosofía: se ha desdoblado. El hombre se preocupaba antes y se preocupa ahora acerca de su posteridad, sintiéndose suspenso entre lo que ha sido y lo que ha de ser todavía. No reconoce su vida como un principio ni como una finalidad; encuentra en su alma, en sus ideas, en sus afectos, la acumulación ó resultante de las almas, de las ideas y de los afectos que, en gradación infinita, le precedieron. Y, desde este punto, se ve lanzado hacia adelante como espuma movible de una ola que cambia de continuo y como si lo esencial no fuese la burbuja, ni siquiera la ola, sino el océano todo que las absorbe y arrastra.

¿Cuándo podrá decirse que un pueblo ó una civilización hayan vivido en sí mismos ó para sí mismos? ¿En qué momento ha fijado el hombre su planta en la tierra para decir: antes de ahora no hubo nada digno de la vida, después de ahora no lo habrá tampoco, ni sobre lo actual y contingente se cierne más que el vacío? Que no es la tierra, es decir, esta tierra que toco y este instante que vivo, el centro de las almas, asegúralo la conciencia unánime y total del género humano, siempre impelida por continuas inquietudes, como una llama vacilante hacia lo alto, hacia lo pasado ó lo futuro. De aquí su dignidad y trascendencia, y el sello de su nobleza y de su divina participación.

\* \*

Por esto, lejos de enfriarse el espíritu humano, siente más profundamente cada día la preocupación de su destino y considera á los muertos como su enlace con lo desconocido y pavoroso. Segismundo continúa soñando el sueño de la vida; lo interrumpe, en momentos de aspereza y sequedad de corazón; se engríe un instante y proclama la liberación absoluta de su conciencia. Mas el enigma le persigue; el *Convidado de Piedra*, llama reciamente con sus nudillos descarnados, golpeando la pared, abriendo en ella un boquete invisible, presentándose á interrumpir el festín de los libertinos, de todos los libertinos, de todo el libertinaje materialista, descreído y hasta satánico; y cayendo de nuevo en sopor, cerrando de nuevo los párpados al sueño de la vida, piensa «cómo despertará mañana entre los muertos...»

Y ahora veo, lector, que me iba extendiendo demasiado y que me encuentro muy lejos ya del punto de partida. Porque lo que acabo de escribir es, en resumen, una divagación; la misma divagación á que me entregué, también sin sentirlo, el miércoles por la tarde camino del Cementerio, mientras un torrente humano se dirigía á la vieja necrópolis, y los tranvías cruzaban llenos de pasajeros, y las flores y las coronas y las banquetas para cirios, y todo género de tributo ó sufragio de la piedad familiar, surgían de entre la multitud apretada que iba á visitar á sus muertos y á tener con ellos ese coloquio de los espíritus que se hablan en la solemnidad del interior recogimiento, en aquella región del mundo moral que Carlyle llamaba el *inmenso imperio del silencio*.

MIGUEL S. OLIVER.

## ¡¡FEO!!... POR SEBASTIÁN GOMILA, dibujo de Brull



Ella no podía convencerse de que aquel cacho de su ser fuera lo que decían todos...

Cuesta algunas veces trabajo creer en la bondad ingénita de la criatura humana. ¡Qué poca piedad acusan ciertas acciones!.. Y, si dijéramos, constituyen excepción... Pero, ¡polaina!, que suelen abundar las excepciones lastimosamente, y hay cada desabor y cada estropicio con apariencias de naderías...

La verdad es que la Naturaleza se había mostrado un poco ingrata con aquel rorro: menudo, chatiño, ojos á tirabuzón, morenucho hasta recordar la pez... En fin, lo menos agraciado que darse pueda.

Perfilada, no más, queda así la figura á poco de nacer. No hubo comadre que dejara de notarlo, ni hogar donde el comento no hiciera de las suyas al cundir la noticia de que Pascuala había dado á luz.

Si alguna lengua osó, caritativa, invocar la discreción poniendo freno á la cháchara maldiciente contra un angelito, más que conformidad hubo de hallar réplica jocunda. Alguien espetó:

—¡Pero si es de un feo subido!..

No carecían de razón. Mas hay razones que, por lo aplastantes, dejan de serlo. ¡Váyanles, no obstante, con requilorios á las gentes lugareñas, allí donde el caso más vulgar es un acaecimiento!.. ¡Díganles, á los de vida patriarcal, que dejen de ocuparse en cosas ajenas y de fijarse en nonadas!.. Su existencia rústica no da cabida al refinamiento, como no sea, á veces, para la crueldad. Reíos de las églogas y los idilios campestres. No hay de verdad sino el fondo.

Pascuala no podía oír la chunga; ella contemplaba aquel cacho de gloria junto á sí, lo acariciaba dulcemente, yéndosele el alma por los ojos y arrebolando en su faz una alegría infinita, un gozo supremo. Apenas se atrevía á tocarle... ¡Si aquella carona, y aquellas manitas, y todo él parecía moldeado en alfeñique!.. El primer lloriqueo fué una gracia indecible para la madre. ¡Cómo *amenazaba* ser listo, y picotero, y tragón!..

¿Quién definiría los mundos de ensueño que vagan alrededor de un lecho donde haya un recién nacido? ¿Quién podría precisar y descubrir los horizontes que percibe el pensamiento de esa madre primeriza, los edificios que construye su imaginación, las grandezas que forja su antojo?..

Apenas se nota la presencia del cuerpecito, casi no le rozan las maternas manos temiendo dañarle, y

ya en los cerebrales hemisferios hay una figura gallarda, arrogante, tan alto como el que más y con todas las preeminencias y prestigios del mundo... ¿Héroe? ¿Sabio? ¿Poderoso? ¿Magnate?.. Todo es poco. La mayor perfección, el mayor encanto, la mayor inteligencia... Se le habrán de disputar las mozas, de temer y envidiar los mozos, de admirar éstos y aquéllos... ¿Por qué no?

La madre no sabe de historias en detalle; pero sí sabe que hay en la tierra, siempre, seres privilegiados, elegidos ó escogidos; que se cuentan hazañas y proezas; que se mientan nombres gloriosos; que los libros están llenos de figuras sobresalientes; que... que... ¡imaginad lo que puede forjar la ilusión de esa buena mujer que tiene al lado un tesoro así!..

En todo eso, y en más que eso, atinará una madre á poco de serlo. Lo que no se le ocurrirá nunca es pensar que afuera, lejos de esa cama que contiene ese tesoro, esa luz de los cielos, pueda haber quien hable de él, si no con escarnio, motejándole, llamándole..., lo que para una madre es lo imposible: ¡¡feol!..

El primer alfilerazo lo recibió de una amiga el mismo día del bautizo:

—Pero, chica, ¿de dónde sacaste *eso?*.. ¡Qué fetlo es el pobre!..

El marido de Pascuala se echó á reír como un tonto. Cuando el cura echó el agua bautismal á la cabeza del rorro, puso éste una cara y semejante gesto, que no pudieran contenerse los circunstantes. ¡Vaya una mueca!.. La propia madrina hubo de hacer esfuerzos para respetar la santidad del lugar y no soltar la carcajada.

De vuelta á la casuca, menudearon las bromas. La madre sentía un poquitín de escozor; pero callaba, callaba... Aquello era rustiquez, mal gusto, ganas de molestar, simplemente. ¡Ya verían los bromistas, luego, lo garrido que iba á ser el vástago!.. Y toda era ojos para descubrir perfecciones.

¿La nariz pequeña, que casi no apuntaba?.. Bueno, bien, ya iría perfilándose. ¿Los ojos como puntas de alfiler?.. ¡Poco que se agrandarían hasta parecer dos focos! ¿La color negruzca?.. En cuanto se pusiera gordo, parecería de nieve.

¡Cuán cierto es lo del refrán chinol!.. El sapo es la imagen de la hermosura á los ojos de su madre. Pascuala, ejerciendo de juez, fallaba como no podía menos de fallar: el niño era un dechado.

Pero el vulgo es atroz; antes perdona el ser malo que el ser feo. La belleza física es vehículo de no pocas enormidades. Si con ser la inocencia suma, nos pintaran feos á los ángeles, de seguro que padecería el fervor... Y Pascuala se fué amostazando. Crecía el chiquillo, y no cesaba el runrún. Hasta el padre, un gañán, convenía con el coro; y si de cuando en vez deslizaba una caricia, ya se sabía el estribillo: «¡Ven acá, so feo!» Y se reía el angelito, como si asintiese. Con lo cual, la mueca aumentaba: hinchados los carrillos, la nariz perdida entre los pómulos, los ojillos como borrados, agrandada la boca y las orejas como dos pantallas... Una completa miniatura del ridículo.

Los primeros pasos fueron otra desdicha. Acunábase al andar, como lanchón batido por las olas, y sus piernecitas afectaban la forma de un paréntesis. Hubo un mote más para el pequeño ser: la estulticia lugareña prescindía del nombre. Grandes y chicos, seguían solazándose con una inconsciencia que era un escándalo.

—¿A dónde vas, *patizambo?*..

—¿Qué hay, *so feo?*..

—¡Ven, *desdicha*, ven!..

Y así por el estilo.

A Pascuala, lo que fué al principio molestia le produjo luego angustia. Su alma sentíase atosigada, y la broma adquiría tonos de tragedia. ¿Por qué *insultar* á aquella criatura?.. ¿A qué menospreciar al hijo de sus entrañas?.. ¡Mentían!.. Ella no podía convencerse de que aquel cacho de su ser fuera lo que decían todos... Sus miradas multiplicáronse, y también sus besos. Comíasele materialmente con boca y ojos... Y el chiquillo, instintivamente, buscaba aquellos accesos y huía de los demás; risueño con su madre y arisco con todo el mundo. Lo cual venía á cultivar fatalmente la antipatía, que sólo atemperaba la ternura de los pocos años.

De lozana y fresca como las propias rosas, Pascuala tornó en lánguida y mustia que daba pena.

Había sido encanto del hogar, soplo de alegría; di-riase que sembraba el contento. Disputáronse buenos mozos y, por un puntillo, dió su mano al doncel de menos campanillas, aquel de entre todos que no podía esperarlo ni por soñación. ¿Cómo extrañar ahora que el despecho tomara el desquite, haciendo recaer en un inocente la malevolencia toda?.. Esto último era lo que más la apuraba y ponía fuera de sí... ¿Feo el chiquitín? Lo feo era aquella conducta impía, aquella crueldad escudada en una apariencia de cariño.

Así iba esquivando el trato de las gentes, apartaba al tierno ser de una ponzoña oculta; no quería, no, entregarlo al conjunto para que inspirara piedad ó aversión... Y aquel retraimiento, aislamiento casi, sin amornar la befa, aumentaba la esquizofrenia del pequeño, que iba añadiendo á su mala presencia un carácter por demás huraño.

Ni aun así evitaba Pascuala el regocijo de la maldad. Se lo espetaban acá y allá descaradamente, como quien no dice nada malo:

—¿Por dónde anda *Picio!*.. ¿Está malucho?..

—Chica, poca suerte tuviste con el fruto de bendición. Tira todo á su padre.

—¿Evitas que le dé el sol? ¡Así medrará menos!..

Se rebelaba alguna vez ante la insidia, sin poder dominar sus nervios; y era peor aún.

—¡Pues lo vale la prenda!..

—¡Mételo en un escarapate, hija, y lo adoraremos!..

—¡Vamos, que aunque seas madre, no te ha de cegar la pasión!..

Más y más rehuía el trato con las gentes. Ya, toda su ventura reducíase al hogar, el amor á su hijo y el respeto á su esposo. A no ser estos dos vínculos, ¿qué iba á ligarla con el mundo, con aquella taifa incivil que se gozaba en la befa á un inocente y se deleitaba torturándola con la ironía?..

Se recluyó más y más, avara de su dicha, su *única dicha*, su resto de felicidad en la tierra. ¡Con qué interés velaba por conservarlo! ¡Qué intensidad llegó á adquirir aquel apego á lo suyo, lo único que podía llamar legítimamente *suyo*. Con lo exterior, nada; con lo íntimo, todo. Se lo decía una vez al compañero de su vida, con mezcla de ternura y espanto, sacudiéndola el temor más que el amor:

—¡Si me faltarais vosotros..., si nuestro hijo ó tú!.. ¡Jesús de mi vida, qué hundimiento!..

Y se cubría el rostro con las manos, para no ver una posibilidad, como cerrando los ojos á una visión funesta.

Y el gañán, aunque buenazo en el fondo, correspondía al atisbo de dolor con una mueca estúpida que quería ser una sonrisa...

A nadie se podía acusar, y es lo cierto que la crueldad era evidente. ¿Qué mal se hace con llamar feo á un niño? Ninguno. Y si á mayor abundamiento lo es, ni aun se puede tildarlo de injusticia... ¡Claro!

Pero el niño, que iba á cumplir ya tres años, enfermó de súbito. ¡Puso el médico una cara! La verdad que ofrecía poca resistencia el cuerpecito aquel y, por los síntomas, la enfermedad era de cuidado. Tan de cuidado, que adelantó como un ciclón, llevándose al angelito en menos de dos días...

¿Pintar la consternación de la madre? Mentiríamos. En apariencia al menos, se había desposado con la resignación, y apenas apuntaba el dolor en el semblante... ¿Por qué no había de contribuir á ello, con el cristiano acatamiento á la voluntad de Dios, un puntito de reflexión hija de la amargura? Malas lenguas habrían dicho que el pensamiento de Pas-

cuala se podía formular así: «¡Para lo que había de ser el desdichado!» Y tal vez las malas lenguas no desbarraran del todo. Porque aquel corazón, hecho á la cicuta, no había de estremecerse por gota más de hiel; porque el alma aquella, templada en la so-

la muerte; allí yacía el *patizambo*, el *feo*, la *desdicha* de que hablaron muchos... Ella, Pascuala, harto hacía con mostrarse animosa ante el cuerpo rígido. No guardaba rencor á nadie, no había estallado el odio, no había sido total el derrumbamiento del espíritu...

Entró el padre en la estancia. Pascuala, sin pestañear, no hizo más que incorporarse, dar un paso, levantar el sudario, contemplar la carona lívida, cruzar con su esposo la mirada y dar rienda al llanto... ¡Entonces, entonces rompió el desconsuelo, la desesperación, el darse cuenta de que acababa de perder uno de los dos grandes apoyos de su vida!..

Y sobrevino algo más cruel, más rudo todavía: el *hundimiento* total, irremediable. Como un eco brutal de la vocinglería infame, como rumor traído de afuera, resonó en la estancia:

—¡No tiene remedio, mujer!.. ¡Qué sabemos!.. ¡Quizás más le ha valido!.. ¡Después de todo, el pobre chico valía bien poca cosa!..

Salió de labios del esposo, fruto del contagio, como intento de consolación, sin saber casi lo que soltaba, ante la aflicción aquella...

Y... ahora sí, ahora estalló el odio; feroz, agresivo casi. ¡Qué desilusión! La malevolencia, la impiedad general, se personificaba, concentrábase en un solo ser; precisamente en el único ser que le quedaba en el mundo... Allí, al pie de aquellos restos, junto al ataúd, azotaban el rostro frío del pobre chiquitín las mismas palabras del vulgo, pronunciadas por labios idiotas...

Pascuala le miró de hito en hito; retrocedió horrorizada, imprimió un beso en la yerta faz y exclamó con extravío, la mirada en alto, como si se lo dijera á alguno que se alejase:

—¡Eres un monstruo!

#### LA MUERTE DE JESÚS,

ESCULTURA DE JOSÉ LLIMONA

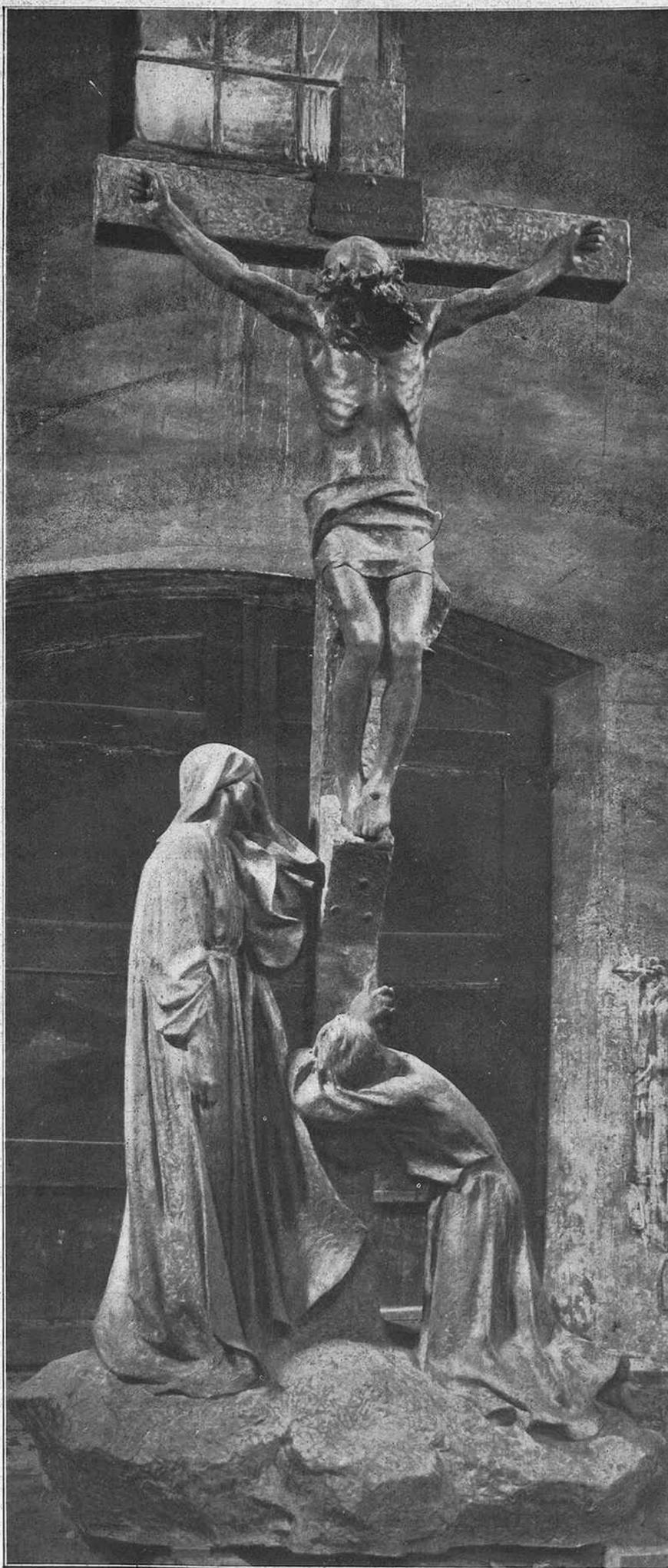
Con destino al monumento en que descansan, en el cementerio de Portugalete, los restos mortales del que fué opulento naviero D. Manuel Calvo, y por encargo del albacea de éste, Excmo. Sr. marqués de Comillas, ha ejecutado José Llimona la escultura que adjunta reproducimos.

Esta obra, inspirada en el más alto y puro espíritu cristiano, en ese espíritu honda y sinceramente profundo que se admira en toda la producción del escultor eximio, es de una belleza verdaderamente maravillosa. Llimona ha sentido en toda su sublimidad el drama del Gólgota y lo ha expresado hermosamente por medio de esas tres figuras en quienes se sintetiza el hecho más grande y trascendental de la historia del mundo y en quienes se encarnan los más nobles amores, divinos y humanos.

Del modo cómo el artista ha dado forma á lo que tan admirablemente ha sabido concebir, casi no hay que hablar tratándose de quien, como pocos, tiene bien conquistado el título de maestro: la austeridad de la figura del Crucificado y la sobriedad de las de la Virgen y de San Juan, demuestran una vez más que Llimona no necesita recurrir á los grandes

efectos para producir la verdadera emoción estética, sino que con los medios más sencillos sabe hacer vibrar las más sensibles fibras del corazón. Para conseguir esto, se requiere sentir con toda la intensidad que Llimona siente y dominar la técnica como él la domina; *La muerte de Jesús* es obra de arte purísimo, de ese arte que sólo al genio le es dado hacer.

El grupo escultórico ha sido fundido en bronce de una manera inmejorable en los talleres de la reputada fundición artística que tiene establecida en esta ciudad D. Manuel Morales.—T.



La muerte de Jesús, monumento para la tumba de D. Manuel Calvo en Portugalete, obra de José Llimona fundida en los talleres de Manuel Morales, de Barcelona.

ledad, resistía todo embate...

El cuartito era angosto, de paredes blancas y en- vigado techo; blanco el pequeño ataúd y también el cobertor. Ardían dos cirios en sendos candeleros, y al pie de la camita, arrodillada, permanecía la madre, pegada la frente á las ropas...

¡Qué cúmulo de pensamientos invadirían su imaginación!.. ¡Cómo resonarían aún en sus oídos palabras parecidas á blasfemias, cariños que fueron dardos!.. Ya no tendrían que hablar; ya no resonaría el apestoso coro: allí estaba la irrisión santificada por



RETRATO DE MRS. THICKNESSE, obra de Gainsborough desconocida hasta hace poco y que actualmente pertenece  
á los Sres. Scott y Fowlis, de Nueva York

1015

am. 1818  
1818



*Llegada de la banda municipal de Madrid á la estación de Barcelona.*



*Los alcaldes de Madrid y Barcelona.*



*El alcalde y los concejales de Madrid en las Casas Consistoriales.*



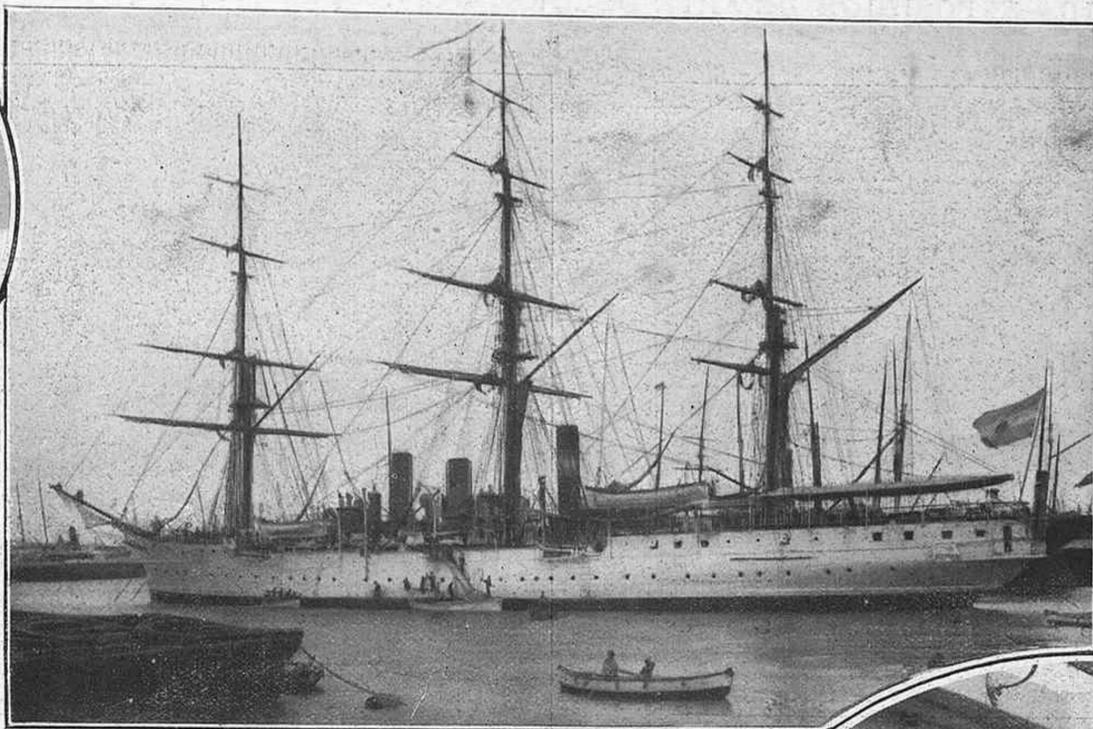
*La comitiva en la Rambla de Cataluña, dirigiéndose al monumento de Clavé.*



Escudo de la República Argentina

La reciente estancia en este puerto de la fragata de guerra argentina *Sarmiento*, escuela de guardias marinas, ha dado ocasión á que se exteriorizasen una vez más los sentimientos de fraternidad y de cariño que á la floreciente y progresiva república hispano-americana profesa nuestro pueblo.

A los agasajos de que han sido objeto los ilustres marinos, nuestros huéspedes durante breves días, bien puede afirmarse que se ha asociado Barcelona entera, y las palabras del alcalde, al decir en el banquete del Tibidabo que nuestra ciudad se enorgullece de albergar á los representantes de una nación, más que amiga hermana, fueron fiel expresión del sentir de todos los barceloneses.



La fragata de guerra argentina «Sarmiento»

España. Siguió luego el espléndido banquete que en el Tibidabo dió el Ayuntamiento en honor del comandante y oficiales de la *Sarmiento* y al cual asistieron las autoridades, el cónsul de la República Argentina, representantes de varias corporaciones y distinguidas personalidades. Al final pronunciaron elocuentes brindis el alcalde y el comandante del buque señor Beascochea, quien en términos sentidísimos agradeció cuanto por ellos se hacía, expresó el amor que todos sienten por España y dedicó á nuestra ciudad las más entusiastas alabanzas.

Por la tarde fueron obsequiados los marinos con una recepción y un te en la Casa de América, que hizo los honores con la esplendidez y buen gusto que sabe imprimir á todas sus fiestas, y por la noche asistieron á la función de gala á ellos dedicada en el teatro Romea, en donde la compañía del notable actor D. Ricardo Calvo puso en escena *La vida es sueño*.

El acaudalado industrial Sr. Mala-



Lunch á bordo de la fragata «Sarmiento»



Los marinos argentinos en la Casa de América

Comenzaron los obsequios con una brillante fiesta íntima en el consulado argentino, fiesta en la que se cruzaron las más calurosas manifestaciones del afecto que une á la Argentina y á

fervientes votos porque cada día se estrechen más los vínculos que enlazan á los argentinos y españoles. — R.



Banquete en el Tibidabo organizado por el Ayuntamiento en honor de los marinos argentinos



Instalación de la Escuela de Artes e Industrias de Granada



Instalación de la Escuela de Artes e Industrias de Barcelona



Fuente del amor, obra de Manuel Castañes



Inspiración, pintura de Eduardo Chicharro



Alicante, panneau decorativo de Angel Ramírez



Instalaciones de la Familia Real y de la Real Fábrica de Tapices.

EL OBSERVATORIO DEL MONTE ROSA

Desde que hubo de ser abandonado, á causa de hundirse en la nieve, el Observatorio Jansen, situado en la cumbre del Monte Blanco, el observatorio más elevado del mundo es el



disposición de los alpinistas; los demás sirven de habitación y de locales de estudio para los hombres de ciencia. El observatorio meteorológico está instalado en una torre-cilla que se alza en el extremo Norte del edificio y que se halla coronada por una azotea. Está construído con madera de América de doble pared, á fin de evitar toda pérdida de calor, y enteramente cubierto de cobre, para preservarle del rayo; esta cubierta de cobre tiene una porción de puntas y se comunica con el suelo por medio de cables de cobre que se hunden en la montaña. Con objeto de que sea enteramente práctico para toda clase de trabajos, el Observatorio de la Reina Margarita ha sido puesto en comunicación con la oficina telegráfica de Alagna por medio de una línea telefónica que pasa por el observatorio A. Mosse, de la garganta de Olen, y por la cabaña Gnifetti y remonta el ventisquero del Lys. Estando como está este observatorio en una de las montañas más altas de los Alpes, desde donde se domina la cuenca



Observatorio del Monte Rosa (Italia). Aspecto del observatorio después de una tormenta de nieve.—Vista lateral del observatorio: en primer término, el aparato del telégrafo óptico. (De fotografías de Carlos Trampus.)

instalado en el pico Gnifetti ó *Signal Kuppe*, en la cordillera del Monte Rosa. Construído bajo los auspicios del Club Alpino Italiano, fué inaugurado en 1893 por la reina Margarita. Diez años después, y en vista de que resultaba insuficiente, el observatorio, que se denomina «Observatorio Reina Mar-

glacial más vasta de Europa, y hallándose dotado de todo el material necesario, prestará grandes servicios á los hombres de ciencia que necesitan las regiones elevadas para realizar útilmente sus investigaciones.

MONUMENTO Á BOSSUET

Treinta preladados, dos de ellos cardenales, numerosos miembros de la Academia Francesa y otras personalidades ilustres de la Iglesia y de las letras francesas, se congregaron el día 29 de octubre último en la ciudad de Meaux para inaugurar el monumento á Bossuet y conmemorar á la vez el 230º aniversario de la elevación á aquella sede y el 240º del ingreso en la Academia del gran obispo y eximio orador sagrado.

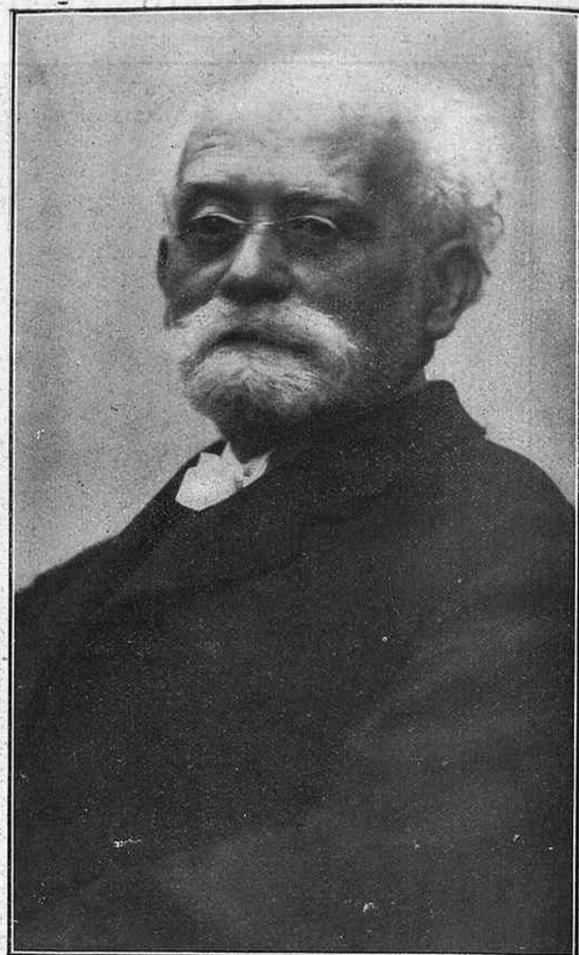
Las fiestas con tal motivo celebradas comprendían una parte principalmente académica y otra exclusivamente religiosa. La primera se efectuó en la sala Bossuet y en ella pronunciaron discursos el Sr. Mezieres, en nombre del comité de la erección del monumento, y Julio Lemaitre, en el de la Academia, quien hizo un estudio magistral de la personalidad del «Aguila de Meaux» como sacerdote y como orador. «Muchos de sus sermones, dijo, muchas de sus meditaciones y sobre todo de sus elevaciones, son poemas líricos y seguramente los más bellos del siglo XVII. Pero es poeta sin pretenderlo, no sueña para complacernos, sino que esto es en él involuntario y accesorio; lo esencial es la fe, es decir, lo que nos salva y lo que, en el entretanto, nos purifica, nos pone de acuerdo con nosotros mismos, crea el orden y la unidad en nosotros y ha de crearla entre los hombres y primeramente en el reino.»

Las ceremonias religiosas consistieron en una misa en la catedral, durante la que se leyeron la carta que León XIII escribió á monseñor Briey, iniciador de la idea de erigir el monumento, y otra de monseñor Merry del Val asociando á Pío X á la glorificación del gran obispo y del gran francés, y en una solemne fiesta celebrada también en la catedral por la tarde, en la que monseñor Touchet hizo un elocuente panegírico de Bossuet, demostrando que éste fué un doctor sublime y un obispo santo.

HOMENAJE Á PEDRELL

La ciudad de Tortosa ha tributado recientemente un grandioso homenaje de cariño y admiración á su hijo ilustre, el eminente compositor y musicógrafo D. Felipe Pedrell.

Es Pedrell una gloria no sólo de su ciudad natal, sino también de España entera y su nombre, llevado en alas de la fama, pronúnciase con entusiasmo en todo el mundo musical, que admira en él, al par del compositor insigne, al hombre de estudio, al paciente rebuscador de archivos, al erudito, al sabio que con seguro instinto y firmísimo criterio ha desenterrado y devuelto todo su valor á la obra olvidada de nuestros músicos más eximios. Su monumental *Hispanica Schola Musica Sacra*; su *Diccionario técnico de la Música*; su *Diccionario general de músicos españoles antiguos y modernos*, le han con-



El eminente compositor y musicógrafo don Felipe Pedrell, á quien su ciudad natal (Tortosa) ha dedicado recientemente un entusiasta homenaje. (De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

quistado universal renombre y un puesto de honor entre los musicógrafos más célebres; y sus óperas, especialmente la trilogía *Éls Pirineus*, su *Misa de Gloria* y otras producciones no menos notables, le colocan á la altura de los más inspirados músicos y de los más profundos conocedores de la técnica.

Para glorificar á Pedrell ha celebrado Tortosa varios festejos en los que ha tomado parte la población en masa, que el día de la llegada del maestro recibió triunfalmente, y á los que se han asociado importantes entidades musicales de toda España y del extranjero. Entre ellos han sobresalido el banquete oficial, el descubrimiento de la lápida con el retrato de Pedrell en la calle que en adelante llevará su nombre, el homenaje efectuado en el Parque, el concierto de música pedrelliana y la solemne entrega de un ejemplar de gran lujo de la partitura de *Lo comple Arnau* y del Album con millares de firmas de sus admiradores. En todos estos actos reinó el mayor entusiasmo.

Nuestra enhorabuena al maestro Pedrell y nuestro aplauso más sincero á la ciudad de Tortosa, que se ha honrado glorificando en vida á uno de sus más preclaros hijos.



Monumento á Bossuet, inaugurado en Meaux el día 29 de octubre último. (De fotografía de Harlingue.)



La duquesa María de Aosta, que recientemente se ha embarcado en Nápoles para Trípoli como simple enfermera de la Cruz Roja. (De fotografía de Hugo Zuccca.)

garita,» fué agrandado, para lo cual facilitaron los fondos necesarios la expresada soberana y varios institutos científicos. El edificio, que se extiende sobre la cresta de la montaña, consta de ocho compartimientos, dos de los cuales están á la

# EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

—¡Animo, hija mía!, repuso él. Jorge no ignora que necesitas cuidados y *confort*, y que sería criminal condenarte a la miseria...

Interrumpióle una queja brusca y fuerte, grito humano y grito de bestia, ronco, agudo, lamentable, siniestro. Pálidos, los interlocutores levantaron la cabeza. En seguida el físico se asomó á la ventana y escudriñó los contornos.

La luna en su cuarto creciente estaba próxima á desaparecer, ancha y roja, á la izquierda de la capilla de la Inclusa. Reinaba un sutil silencio. Apenas se oía lejos la trepidación de un tranvía; el jardín y el Observatorio rodeado de astros, no evocaban más que imágenes felices.

Miguel examinó atentamente un hotelito claro del cual su pabellón parecía una dependencia.

Era un viejo edificio, bastante sólido todavía, que daba á la calle de Cassini, mientras que el pabellón, rodeado de patios y jardines, comunicaba con la calle por un estrecho pasaje medio cubierto.

—¡De ahí partió el grito!, dijo Prouvaire extendiendo la mano hacia el hotel.

Luciana lo creía también, pero Jorge tenía una duda:

—¡Me parece que han gritado más lejos!, objetó.

—Porque el grito fué como ahogado á pesar de su fuerza, pero estoy seguro de que no me equivoco... ¡Tengo un oído de salvaje!, afirmó el químico.

Estremecidos, los cuatro aplicaron el oído. El grito no se renovó. En la fachada posterior del hotel, veíase luz en una sola ventana, evocadora de paz y de seguridad.

—Sin embargo, algo debe haber pasado, murmuró Prouvaire, ¿pero qué? La señora Lussac vive sola en ese hotel..., y nadie ha podido introducirse por el pasaje...

Numerosas ideas cruzaron por su cerebro, á sacudidas, parecía que iba á lanzarse en busca del misterio. Después, inseguro, como cualquiera de nosotros lo hubiera estado en su lugar, con una vacilación propia de un hombre culto para quien la acción no es la misma que para un hombre del pueblo, se decía que muchas explicaciones eran plausibles: susto inmotivado, crisis nerviosa, caída, exageración brusca de un dolor, telegrama anunciando alguna funebre noticia. ¡La vida es complicada! ¡Son tantas las circunstancias que amenazan á nuestra pobre suerte!

—¿Qué hacer?, dijo volviéndose hacia Jorge.

—¡Nada!, contestó el muchacho. Si tuviéramos que obrar á propósito de incidentes semejantes, nuestros días resultarían insuficientes para ello.

Sucesivamente pasaron tranvías, coches y automóviles por el bulevar y la calle Denfert. Transcurrió tiempo. La conversación se había reanimado, intermitente. Pero todos, y sobre todo el físico, seguían preocupados por el trágico clamor. La imagen de la señora Lussac, la habitante del hotelito, perseguía á Prouvaire. Era una joven y brillante criatura, de la que emanaban un gran encanto y un poco de melancolía. Sólo hacía siete ú ocho meses que vivía en la calle de Cassini. Como era natural no puso al prin-

cipio ninguna atención en sus vecinos. Luego, bruscamente, pareció interesarse por Prouvaire, por la señora Delorme y por sus hijos. Varias veces, el sa-

tias en el desierto. En cambio son más propensas á la alucinación y á las sugerencias súbitas y febriles.

—¿En qué puede un paso ser criminal?

La pregunta era irónica, pero el acento serio. Luciana replicó vivamente:

—¿No notó usted cómo era desigual, vacilante y como «cortado?»

Era un argumento, é hizo impresión en Miguel. Sin embargo, no podía decidirse á intervenir. Diez especies de preocupaciones y hábitos se oponían á ello.

Luciana, adivinando su estado de alma, dijo, como si contestase á una pregunta:

—Es muy sencillo. No hay más que llamar á la puerta. Si abren, nos explicaremos fácilmente; bastará decir la verdad. Si no abren, sabrá usted tomar el mejor partido.

Ya se dirigía hacia la puerta, seguida de Miguel Prouvaire, que había hecho prometer á la señora Delorme que no se movería, y de Jorge.

Momentos después, Luciana llamaba á la puerta de la calle de Cassini. El hotel permaneció silencioso.

La joven volvió á llamar, sin más resultado:

—¿Ve usted?, murmuró.

—¿Qué hacer?, repetía mentalmente el físico llamando á su vez.

—Hay que requerir un municipal; declaró Gauchery, que era «conformista.»

—¡Sobre todo, no hay que perder tiempo!, dijo impetuosamente la muchacha. Ahora estamos seguros de que la señora Lussac es víctima de alguna desgracia... ¡Estamos en el deber de prestarle auxilio, si aun es tiempo!.. Y, antes que la policía, urge llamar á un médico.

—¡Lo uno no impide lo otro!, dijo Jorge. Iré desde luego, en busca del médico; después avisaré á un agente ó al comisario de policía.

—¡No!, intervino bruscamente Prouvaire. Traéte por lo pronto al médico. Por lo que toca á la policía, tiempo queda.

—¿Y por qué?, exclamó Jorge, sorprendido.

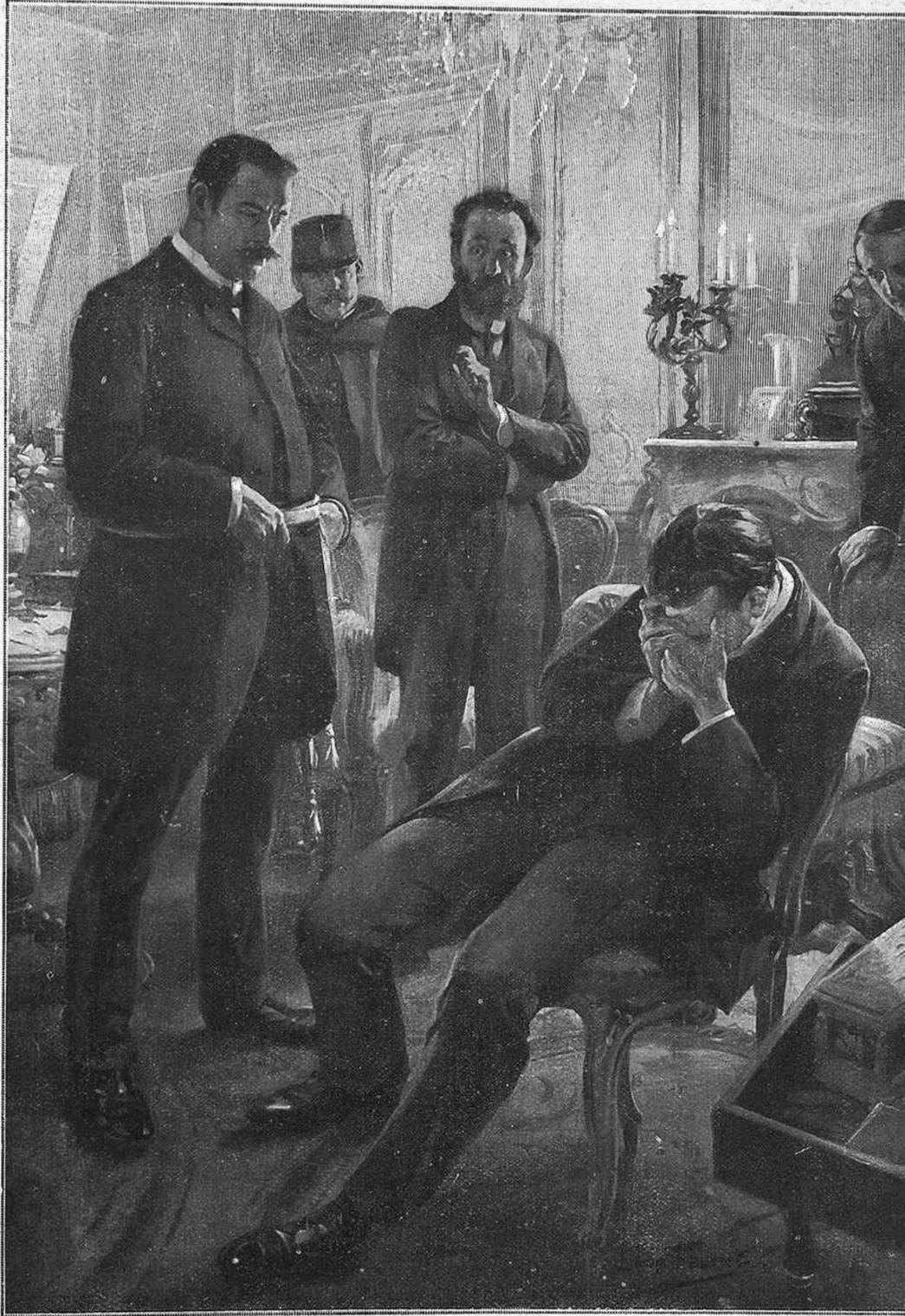
Miguel le contestó con aire extraño:

—Te lo diré más tarde. Date prisa.

Mientras Jorge se alejaba, tío y sobrina se metieron en el pasaje cubierto. Miguel se había vuelto de pronto activo, resuelto, casi impulsivo. Su alma de las muchedumbres palpitaba en él, llena de trastorno y de pasión; y su deseo de saber, unido á su manía policíaca, adquirió una fuerza tal que le hizo perder un poco la cabeza.

Una empalizada y una verja separaban los jardines del pabellón y del hotel: Prouvaire forzó con violencia la débil cerradura de la verja. Tampoco vaciló en violar la ventana de una cocina de la planta baja, por medio de una especie de pico que encontró bajo un cobertizo. Luciana tampoco vacilaba. Ninguno de los dos pensaba en la legalidad, impulsados por la excitación del deber y la sorda pasión de la aventura.

Atravesaron la cocina llena de obscuridad y subieron á tientas la escalera. Un débil rayo de luz, que salía por debajo de una puerta, en el primer piso, les atrajo. Luego se detuvieron, perplejos. Después



... se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos

bio notó que le observaba; hasta había sonreído á Luciana y, pocas semanas antes, hecho ademán de ir á dirigirle la palabra. Así es que la vecina tenía vivamente excitada la curiosidad del físico; le inspiraba una simpatía oscura, algo intermitente, pero real.

A eso de las once, estando Miguel otra vez en la ventana, una puerta del hotel se cerró con algún estrépito, la puerta que daba á la calle de Cassini, y unos pasos rápidos se deslizaron por la acera, ahogados muy pronto por el ruido de un tranvía Montrouge Estación del Este.

Luciana se mostró más emocionada que su tío y su pretendiente.

—¡Es el paso de un hombre que huye!, afirmó.

—¿Qué sabes tú?, preguntó Prouvaire. ¡Un paso rápido, furtivo y nada más!

Si él seguía á su razón, ella escuchaba su instinto, así es que repuso con vehemencia:

—¡Era un paso de criminal!

Prouvaire no despreciaba la opinión de las mujeres. Sabía que han conservado mucho de ese instinto que guía á los salvajes en los páramos y á las bes-

de todo, quizá se equivocaban. ¿Y si la señora Lussac y sus criadas se hallaban solamente sumidas en un profundo sueño?

Luciana llamó a la puerta ligeramente, y volvió a llamar más recio.

—¡Nadie contesta!, dijo Miguel.

Entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

La estancia era grande. Era una especie de salón-biblioteca, que servía a menudo de comedor, por la noche, cuando la señora Lussac se hallaba sola y no quería cambiar de atmósfera. Un gran quinqué con pantalla de seda anaranjada, brillaba sobre una mesa de marquetería, en que se veía un libro abierto, una tetera plateada y un pequeño servicio de Sajonia. Las dos ventanas se hallaban veladas por cortinillas de seda cruda. A pesar de la tibieza de la temperatura, se había encendido fuego: algunos tizones acababan de consumirse en la chimenea.

Pero Prouvaire no miraba la estancia.

Cerca de un ángulo, yacía una forma humana, que podía parecer viva, y que, sin embargo, tenía ese algo de indeciblemente «vacío» que caracteriza a los cadáveres. Era una mujer, en traje delicado, lleno de detalles elegantes y bonitos, una mujer cuya abundante cabellera rubia se había desprendido y formaba sobre la alfombra ondas de luz y de seda. Manchas purpúreas se ensanchaban sobre el vestido blanco; las piernas se hallaban medio replegadas: divisábanse unos pies deliciosos, calzados de seda; una mano pálida y fina se hallaba como clavada en la alfombra, que parecía haber arañado en un gesto de horror y de sufrimiento; se adivinaban unas mejillas finas también, de contorno rítmico.

Miguel Prouvaire, balbuceó con una terrible palpitación de corazón:

—Vete, Lucianita..., vete y espérame en casa.

—¡En casa estaría más agitada que aquí!, contestó la joven.

Su tono era tan persuasivo, que Miguel, presa de vértigo, no insistió. Precipitose, levantó a la mujer, la colocó sobre un gran diván, y con ayuda de Luciana, que desplegaba una intensa voluntad nerviosa, afirmó el busto y la cabeza con almohadones.

Después hizo todo lo que creyó útil.

La desgraciada aun estaba caliente, pero del todo inerte: ni Luciana ni el físico pudieron percibir el menor latido del corazón; un espejito colocado delante de la boca no presentó ninguna huella de vapor.

—¡Está muerta!, dijo en conclusión Prouvaire.

Luciana meneó la cabeza, acongojada y llena de espanto. Veíase la huella de tres heridas, todas en el costado izquierdo, en la región del corazón. Todavía manaban sangre.

Luciana levantó piadosamente la gran cabellera, y los dos se quedaron inmóviles, hipnotizados. La señora Lussac era hermosa. Recordaba las rubias venecianas del Renacimiento: sus ojos, en que se veían el terror y la desesperación supremos, conservaban aún su belleza: velados por largas pestañas misteriosas, se hallaban sombreados por unos párpados rubios como el maíz. Era una criatura de lujo, si no perfecta, construída al menos con un arte encantador. Prouvaire y Luciana la conocían poco, pues no habían hecho más que saludarla en sus encuentros, pero les era simpática. Permanecían mudos, sumidos en triste meditación.

Luciana se arrodilló luego y besó la linda mano fría. El físico sacó lentamente de su bolsillo un *carnet* y un lápiz. Animaba su rostro un ardor singular; tenía aquella mirada aguda y profunda y aquel arrugado entrecejo que caracterizaban su fisonomía cuando se entregaba a alguna intensa investigación. Se alzaba en él un instinto combativo, un vehemente deseo de descifrar el enigma.

—Lógicamente, no debimos tocar a la pobre criatura, manifestó.

—Nos hubiera sido imposible el no hacerlo, replicó Luciana.

—Tienes razón, murmuró él. Además, todos los detalles de la aparición quedan fotografiados en mi memoria.

Examinó desde luego las heridas. Debían de haber sido hechas con un arma de hoja muy ancha... Era visible, no sólo a su propio aspecto, sino también en los taladros del vestido. La víctima había recibido en la sien un golpe de algún instrumento contundente: Prouvaire observó una marca ancha, irregular. El golpe debió de ser dado con extraordinaria violencia, pues el físico percibió, al tacto, una fractura del hueso.

El ángulo en que se había descubierto a la víctima recibía una luz debilitada: Miguel se preguntó si había sido herida allí mismo, ó si había ido a caer en aquel sitio después de haber dado algunos pasos.

Antes de pronunciarse, examinó la alfombra y los

muebles, y vió en el suelo un pedacito de tapicería, que debía haberse desprendido de una butaca, situada entre la mesa y el ángulo. Sin duda la butaca había sido rozada con alguna fuerza. Cerca de él se hallaba una peineta de concha, partida. Esta circunstancia determinó a Prouvaire a examinar el cráneo de la señora Lussac; descubrió en él una segunda equimosis, y anotó:

«Persecución, probablemente silenciosa al principio.»

Una ligera rubicundez había subido a sus pómulos; el entrecejo se le arrugaba cada vez más. Luciana procuraba ayudarle; al paso que dominaba en el hombre una curiosidad ardiente, la joven obedecía a impulsos de la indignación y de la piedad.

El sabio dijo:

—Si puedes, si no tienes miedo, examina si han registrado a la pobre mujer. Procura dejarlo todo en el mismo estado.

El cuerpo del vestido parecía *á priori* abrochado; pero, observándolo de cerca, se veía que los primeros broches habían sido abiertos. En contra de la moda, el vestido tenía un bolsillo, aunque pequeño y muy disimulado. Luciana lo descubrió porque asomaba por él un poco de forro.

«Registrada», anotó Miguel.

Examinó luego más atentamente los muebles. La mesa no presentó nada de particular, y esta circunstancia pareció bastante importante.

Un secreter Imperio fijó algún tiempo la atención del tío y de la sobrina. Un cajón, cerrado con llave, dejaba pasar una punta de sobre. Otro cajón, más macizo, se abrió sin dificultad; no contenía más que papeles en desorden:

—Ha sido fracturado, observó el físico.

—¡Una llave!, exclamó Luciana agachándose.

Y recogió una llavecita, de aspecto antiguo, que conservaba señales de haber sido dorada. Ambos la examinaron cuidadosamente. La joven hizo observar una línea roja oscura, casi tan delgada como un cabello, y vió luego en sus dedos una huella del mismo color, más ligera todavía:

—¿Sangre?, murmuró estremeciéndose.

—Sangre, confirmó Prouvaire, después de examinarla.

Metió la llave en la cerradura del cajón por donde asomaba una de las puntas de un sobre, y lo abrió fácilmente, como los demás cajones del secreter. Pero la llave no se adaptaba en manera alguna al cajón fracturado. El químico notó el hecho y volvió a cerrar cuidadosamente los cajones. Luego reanudó sus pesquisas, que tuvieron por resultado dos hallazgos quizá insignificantes:

1.° Un sobre color de rosa con la dirección de la señora Lussac, un sello americano y la fecha de 1900. Este sobre había caído debajo del escritorio en que un taburete lo ocultaba casi completamente.

2.° Un estuche de lentes, de cuero de Rusia, ligeramente lustrado, que yacía no lejos de la puerta.

Miguel notó las particularidades de estos objetos. Al entreabrir el estuche descubrió en él un largo fragmento de hoja de tabaco. Aunque fumador intermitente, el físico discernía muy bien por el olor la calidad del tabaco; separó un filete del fragmento, lo encendió al quinqué y lo olfateó. Favorecióle la casualidad, pues reconoció una marca que le gustaba particularmente y el aroma del cual no le permitía equivocarse.

—¡Upmann!, murmuró volviendo a colocar el sobre y el estuche donde los habían encontrado.

La exploración de la biblioteca no reveló ningún desorden, pero casi con seguridad, un costurero había sido registrado.

A pesar de una atenta investigación, se limitaron a esto los descubrimientos directamente relacionados con el crimen. Prouvaire cerró su *carnet*, se lo metió en el bolsillo y dijo en conclusión:

—Aparte del estuche de lentes, el asesino no ha dejado aquí ningún objeto personal..., y este estuche es poco característico. Cierta es que tiene dos iniciales: C. M. Pero ¿qué indican? Además, si atribuyo el objeto a nuestro hombre es por hipótesis; no es más que una probabilidad. Nuestra investigación, hasta ahora, es negativa. Falta un gran hecho que aclarar: la señora Lussac tenía una camarera y una cocinera. ¿Dónde están?

—Por nuestra criada he sabido que la cocinera es sorda, dijo Luciana.

—¡Bien!, ¿pero y la camarera?

Luciana iba a contestar cuando llamaron a la puerta de la calle.

—¡El médico!, dijo Miguel que salió vivamente del cuarto.

Al abrir la puerta de la calle, observó que no presentaba exteriormente ninguna señal de fractura; y se encontró en presencia de Jorge Gauchery y de

un hombre bajo de estatura, de pelo rojo y ojos amarillos, circulares y escudriñadores. A la luz del farol, presentaba un rostro romboidal, con pómulos de finlandés, labio inferior en forma de salchicha, nariz bulbosa y grandes manchas rojizas en la piel. Miraba con desconfianza y malicia. Pero, al encontrar los ojos de Miguel, se sonrió.

—Este caballero no me había dicho que iba yo a tener el gusto y el honor de encontrarme con don Miguel Prouvaire.

—¿Me conoce usted? Sin embargo, no soy popular.

—¡Me ocupo particularmente en radiografía!, explicó el hombre de los ojos amarillos; sería preciso poseer muy pocos conocimientos en la materia para ignorar los trabajos de usted.

Su sonrisa animaba el rostro adusto, haciendo brillar en él una especie de inteligencia lenta, pesada y terca. Miguel no podía menos de alegrarse de encontrar más bien un admirador que un personaje malévolo ó timorato. Inclínose y preguntó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Carlos Bardane, contestó el otro, con ese dejo de amargura propia de los artistas y de los sabios que no han hecho carrera.

Prouvaire le tendió la mano.

—Hemos llamado a un médico a todo evento, por una simple sospecha. Pero ¡ay!, temo que la ciencia humana no pueda hacer nada por la infeliz criatura que ha sido asesinada en este hotel.

—¡Vamos a ver!, dijo fríamente el médico, mientras Jorge mostraba un rostro consternado.

Una vez arriba, el médico, guiado en parte por Miguel, procedió a las atestaciones oportunas y dijo:

—Tiene usted razón; no hay nada que hacer, más que avisar a la justicia.

Dirigió una ligera mirada a la habitación, absteniéndose de hacer toda pregunta. En cambio, Prouvaire le interrogó:

—¿Las heridas son posteriores a los golpes?

—Sin duda. La extravasación de la sangre lo demuestra.

—¿Pero los golpes no pudieron ocasionar la muerte?

—De ninguna manera.

—Sin embargo, ¿la víctima ha podido ser aturdida?

—Es más que verosímil; los golpes han sido dados con una fuerza extrema..., sobre todo el de la sien, en la que encuentro una fractura...

Era todo lo que Miguel deseaba saber y la presencia del médico era ya inútil, quizá inoportuna. Bardane pareció adivinarlo y dijo:

—No tengo ya nada que hacer aquí... Estoy a la disposición de usted, y, naturalmente, de la justicia.

Después de haberse marchado el médico, Miguel se quedó pensativo, trazó luego al lápiz una línea en su *carnet* y expuso:

—Trátase ahora de poner en claro la acción, ó mejor dicho la falta de acción de las criadas.

—¿Quizá también sería hora de ir a avisar al comisario de policía?, insinuó Jorge, cuidadoso de la legalidad.

—¡Sin duda! ¡Sin duda!, dijo el sabio, con cierto pesar. Si quieres, anda, pues, y haz una declaración en regla. Mientras tanto, yo visitaré la casa... Después de todo, aunque no parece, las criadas pueden haber corrido la misma suerte que su ama.

—¡Cómo le apasiona a usted esto!, observó el joven.

—De un modo increíble. Desde el momento que llamamos a la puerta de la calle, experimento una grande excitación... Necesito saber y sobre todo vengar a esa mujer encantadora...

Gauchery meneó la cabeza y salió. En seguida el sabio cogió el quinqué y subió la escalera. Animada también de un extraño ardor, Luciana continuó siguiéndole. En el piso tercero y último, que cobijaba evidentemente a la servidumbre, tío y sobrina se encontraron delante de un corredor en que se podían contar seis puertas. A varios golpes vigorosos dados en las dos primeras, nadie contestó. Lo mismo sucedió en todas las demás.

—¡Llamemos más recio!, dijo Miguel, que golpeó al extremo de medio desvencijar las cerraduras.

Una voz pastosa dejó al fin oír un mugido de espanto.

—¡No teman ustedes nada!, gritó Miguel.

—¡Socorro! ¡Socorro!, mugía la voz.

—¡Qué demonio!, exclamó el físico... Habrá necesidad de derribar la puerta.

De un vigoroso empujón hizo saltar la cerradura que era frágil y vió, en el fondo de un largo cuarto, sentada en una camita de nogal, una criatura flaca, con la boca afeada por largos dientes verdosos y la cabeza piriforme, plantada de una ridícula y peque-

ña cabellera gris. Esta criatura profería súplicas con los brazos tendidos. Bruscamente vió á Luciana. El terror huyó de su rostro para ceder el puesto á una sonrisa idiota; y la vieja exclamó con un sólido acento flamenco.

—¿Qué es lo que hay?

Era Gúdula van den Heuvel, soltera y cocinera, oriunda de una aldea de la Flandes francesa.

Luciana se acercó y le gritó al oído:

—La señora Lussac ha sufrido un accidente.

—¿Qué es eso accidente?

—Luego lo sabrá. No buscamos á usted, sino á la camarera.

—¡Bah!, ¡la camarera no está en casa!

—¿Dónde está?

—No sé. ¡No puede volver hasta mañana!

—¿Cuándo salió?

—Después de almorzar.

—¿Por qué?

—¡No lo comprendí!

Era evidente que Gúdula no debía comprender con frecuencia: su cara expresaba una sordera moral comparable con su sordera física. Y gozaba de un sueño pesado, sin agitaciones, el sueño mortal de las almas ingenuas.

—Pregúntale si la señora Lussac estaba descontenta de su camarera, dijo Miguel.

La cocinera no lo sabía á punto fijo. Pero á ella, la camarera le parecía fútil:

—¡Cabeza huera!.. Suena como un cascabel... Se emperifolla como el ama.

Se puso á charlar, y denigrando obscuramente á su compañera de servidumbre, se otorgaba títulos de honradez, de vigilancia y de prudencia.

—Aunque vieja, veo claro, porque no tengo nada de tonta, dijo al terminar, tocándose el cráneo con el índice. Esta cabeza está llena de ideas.

Miguel la escuchó al principio, esperando recoger algún indicio, pero no tardó en comprender que Gúdula no tenía nada de tónico que revelar:

—Gritale que han asesinado á su ama, dijo bruscamente el físico.

Como Luciana vacilaba, él añadió:

—No temas «darle un golpe.» Acabamos de ver que es capaz de emociones vivas, pero solamente por su propia persona.

La joven se decidió. El rostro de van den Heuvel marcó un interés muy vivo, pero en que, de un modo manifesto, dominaba la afición de la gente del pueblo á los acontecimientos dramáticos. Tuvo sin embargo un estremecimiento y una palidez ligera al enterarse de que el asesinado se había cometido á poca distancia de la bohardilla. Su imaginación no se detuvo en esta hipótesis; la sólida realidad la ocupó enteramente. Apiadada de sí misma, exclamó:

—¡Jesús María! ¿Qué va á ser de mí?

Un rayo de esperanza atravesó aquella amargura. La cocinera cultivaba más que ninguna otra, la leyenda de los criados nombrados en los testamentos de los amos; y pensó en voz alta:

—¿Cree usted que me habrá dejado una pequeña renta?

—¡Más tarde lo sabremos!, clamó Prouvaire impaciente.

La cocinera vió en estas palabras una esperanza:

—¡Tog!, exclamó ella... Es de razón..., ¡porque ya no soy ninguna niña!

Miguel y Luciana se retiraron, dejándola entregada á sus ilusiones.

—La ausencia de la camarera, soliloqueó el sabio, ha facilitado la obra del asesino. Se explica muy bien que la cocinera no oyese nada. Pero ¿cómo entró el hombre?

Se volvió hacia Luciana y vió que se había puesto lívida; la muchacha vaciló y él apenas tuvo tiempo de sostenerla por la cintura, mientras ella murmuraba con apagada voz:

—¡No es nada!

—¡Necio de mí!, exclamó Miguel. Ni siquiera he pensado que esa reacción era inevitable.

Puso el quinqué sobre un escalón, abrió la primera puerta que se encontró delante, introdujo á Luciana en un cuarto dormitorio de cortinas y muebles blancos, y la sentó suavemente en una butaca.

—¡No es nada!, repitió ella con una sonrisa... Dentro de un minuto me habrá repuesto completamente.

Prouvaire había vuelto á coger el quinqué. La estancia le llamó la atención por su extraordinaria frescura; todo estaba cubierto de lino—un lino immaculado—que parecía haber sido recogido en aquel mismo instante en una de esas praderas del Norte, en que se pone á secar la ropa de la colada. Las sillas, la cama, las ventanas, todo estaba revestido de ese lienzo que es, entre todos, el más claro, el más puro, el más virginal. Sin embargo, la alfombra de lana blanca se hallaba salpicada de media docena de

manchas polvorosas, muy anormales en aquel nido resplandeciente de limpieza. Miguel vió en ellas una prueba segura de la presencia de un extraño. Seguramente, ni el ama de la casa, ni las criadas, acostumbradas á la pulcritud, no hubieran hecho ni dejado aquellas manchas. ¡Cosa singular! ¡A pesar de una acción violenta, apenas había polvo en la estancia del crimen!.

La casualidad proporcionó un nuevo indicio: un poco de ceniza, cerca del pie de un armario, y al bajarse Prouvaire para verla mejor, se le apareció un reflejo parduzco debajo del mueble, el reflejo de un tubo de pipa de cerezo: una pipa muy común, una pipa de pobre hombre, con el fogón quemado y el conducto jugoso. Aun contenía tabaco quemado y una delgada capa de ceniza, y, por una razón ó por otra, aun estaba tibia. El tubo presentaba groseros caracteres. Miguel pudo leer: *Geo du Parno*.

La presencia del utensilio no se explicaba sino por una circunstancia singular. Su dueño no había podido abandonarla. La pipa ¿había caído accidentalmente y rodado debajo del mueble? Algún trabajo absorbente había podido determinar la atención del hombre, mientras la alfombra ensordecía la caída.

—Seguramente, pensó Miguel, registraba un mueble, pero ¿cuál? ¿El armario mismo, quizá?

Pero cerca del armario, una de esas arcas compuestas, que abundan en los antiguos mobiliarios, y cuya puerta, al abrirse de arriba abajo, puede servir de mesa ó de pupitre, llamó la atención de Miguel. El mueble era de madera, con planchas de acero y de cobre, que le defendían someramente contra la codicia. El físico notó en seguida que no estaba cerrado: la puerta cedió á una ligera tracción. Podía pues admitirse que la pipa se había caído de un bolsillo, mientras el ladrón operaba, y nada se oponía á que hubiese ido á parar debajo del armario. El interior del arca contenía un fajo de títulos, pero no billetes de banco: la hipótesis del robo se presentaba por sí misma.

Luciana había asistido á las investigaciones con viva curiosidad:

—¡Eran pues bandidos vulgares!, murmuró; yo hubiera creído...

—¿Qué hubieras creído?

—Hubiera creído, no se por qué..., algo más misterioso.

Él se sonrió melancólicamente.

—Andas muy cerca de la realidad, hija mía. Esto es *muy* misterioso. Has examinado conmigo la alfombra del salón..., tienes buena vista, y sabes mirar. Aunque no tanto como ésta, es una alfombra clara... ¡Pues bien!, no has visto en ella ninguna huella de polvo. Además, mira esta pipa; es una pipa de pobre, mientras que el estuche de lentes es de cuero de Rusia, y de fabricación delicada... ¡Ah, el enigma es complicado!

—¿Quiere usted decir que el hombre que cometió el asesinato no es el mismo que ha venido á fracturar el arca?

—Quiero decir solamente que es probable..., no lo tengo por seguro. Juraría que el asesino estaba solo con la víctima. Pero pudo venir aquí con el otro. Si no dejó huellas de sus pasos en la estancia en que se agitó tan vivamente, con mayor razón tampoco debía dejarlas aquí. Donde el problema se complica, es en la asociación de un individuo, casi seguramente refinado, con otro individuo casi seguramente grosero. A pesar de todo, uno y otro podrían ser el mismo personaje: bastaría suponer una simulación cuya causa faltaría descubrir. Pero hay la pipa...

—No veo bien lo que añade ó quita á las dificultades.

—¡Ah!, ¿no lo ves?, dijo suavemente Miguel. Sin embargo, ¿la has examinado?

—La he examinado.

—¡Y bien! Desde luego va á determinar las diligencias de la policía. Es la extremidad del hilo clásico, que debe conducir á la entrada del laberinto, pero nota bien que yo no digo que sea el hilo bueno. ¡No importa, todo va á empezar por ella, á menos de uno de esos acontecimientos fulminantes de los cuales ningún espíritu tiene la presciencia, ni ningún instinto la previsión!

Mientras la joven le escuchaba con sorpresa, volvió á colocar cuidadosamente la pipa en el sitio en que la había descubierto, y en su posición primera, que no había dejado de notar. Echó otro vistazo al secreter, registró una y otra vez todos los rincones del cuarto y dijo:

—Probablemente estamos al término de nuestras investigaciones. Me he extralimitado en mi derecho, mi querida Luciana, pero la intención es tan perfectamente buena y vuelto á colocar tan cuidadosamente los objetos en su sitio, que no creo haber de reprocharme nada.

—¡Y yo estoy segura de ello!, apoyó Luciana con calor y hasta con entusiasmo, pues tenía entera confianza en la perspicacia de su tío.

—¡Bajemos!, dijo él..., la policía va á venir. Pero, hija mía, es preciso que no vuelvas á ver á esa desgraciada. He sido imperdonablemente débil y distraído al permitir que me acompañases. Ve al lado de tu pobre madre cuya inquietud debe hacerse intolerable.

Luciana quería replicar: él le rodeó el cuello con los brazos, le dió un beso en los cabellos y dijo:

—¡Anda!

La acompañó hasta el pasaje cubierto y, volviendo á la estancia del crimen, puso otra vez el quinqué sobre la mesa, dirigió una mirada de conmiseración al cadáver que se había puesto más rígido y más lívido, comprobó sus primeras observaciones é inventarió de nuevo las cosas, después de lo cual pareció indeciso.

Tenía en la mano un finísimo carnet encuadernado con cuero morado y adornado con las iniciales de madama Lussac en forma de escudo, y un álbum, descubiertos ambos en una ménsula. Sin gran escrupulo podía recorrer el álbum; pero, al echar una ojeada en el carnet, había visto notas. ¿Qué hacer? Su perplejidad no fué larga; aquellas notas proporcionarían quizá preciosos indicios. Los agentes de seguridad y el juez de instrucción no dejarían de servirse de ellas en interés de la justicia. Miguel perseguía el mismo fin que ellos, y tenía, no por vanidad, sino por haberlo experimentado muchas veces, confianza en su excepcional adivinación. Por lo demás, guardaría para sí el secreto de las notas, si interesaban la memoria de la señora Lussac.

Decidióse bruscamente.

El carnet sólo estaba escrito en un tercio poco más ó menos; las primeras inscripciones no se remontaban á más de dos años. Miguel leyó de prisa. Eran anotaciones breves, elípticas; la mayor parte se referían á sucesos íntimos ó mundanos. Varias de ellas estaban abreviadas, algunas reducidas á iniciales que Prouvaire copió. Al llegar á las últimas páginas escritas, su atención redobló. Pero no descubrió nada de preciso.

Entonces empezó á hojear el álbum. La fotografía de un hombre de osado aspecto y de ojos claros impresionó positivamente al sabio, y su emoción creció cuando, detrás del primer retrato de madama Lussac, que la representaba en traje de primera comunión, leyó: «Ivona Irene Duquesne ha hecho su primera comunión el 6 de abril de 1887.»

—¡Cosa más extraordinaria!, exclamó Miguel.

Y, volviendo á abrir febrilmente el carnet, relejó las últimas páginas. Acá y acullá se detenía y fruncía el entrecejo. Bien consideradas, aquellas notas no tenían nada de preciso, salvo los detalles mundanos. Madama Lussac había debido escribirlas, en su mayoría, sin gran utilidad, como hacen muchas mujeres, movidas por un instinto parecido al de la confianza. Miguel transcribió cinco ó seis: desde luego algunas iniciales, después dos pasajes relativos á un encuentro imprevisto, no definido, seguidos cada uno de una *confusa promesa de reparación*; la dirección de un notario y la palabra «codicilo», y finalmente algunas indicaciones en inglés.

—¡Nada de esto se relaciona con el crimen!, murmuró el físico..., ó, en tal caso, muy indirectamente. ¿El encuentro imprevisto? ¿La reparación?

Echó una postrer mirada á las fotografías y volviéndose hacia la muerta, dijo con una grave tristeza:

—¡De modo que es la hija de Francisco Duquesne! Y repitió con un poco de amargura:

—¡La hija de Duquesne!

Un campanillazo le sacó de su meditación. Después de haber colocado en su puesto el álbum y el carnet, fué á abrir la puerta. Minutos más tarde, entró un comisario de policía, mientras dos agentes se instalaban delante de la casa, en la calle silenciosa, donde aun nadie tenía la menor sospecha del crimen.

El magistrado era un hombre grueso, provisto de orejas y narices vellosas, de un bigote en forma de cepillo, recio y de color de regaliz. Lanzaba delante de su persona «el Ojo», esa mirada profesional llena de sospecha, de amenaza y de autoridad. Pero detrás del «Ojo» se adivinaba un natural indolente y bonachón. Desde luego adoptó un aire huraño.

—¿Se ha cometido aquí un crimen?

La pregunta era inútil. Así es que no prestó la menor atención á la respuesta, un sí bastante seco de Prouvaire. Plantado delante del cadáver, examinó el rostro y palpó el pecho, rozando las manchas rojas.

—¿Hacia qué hora ocurrió esto?, siguió preguntando.

Jorge Gauchery replicó:

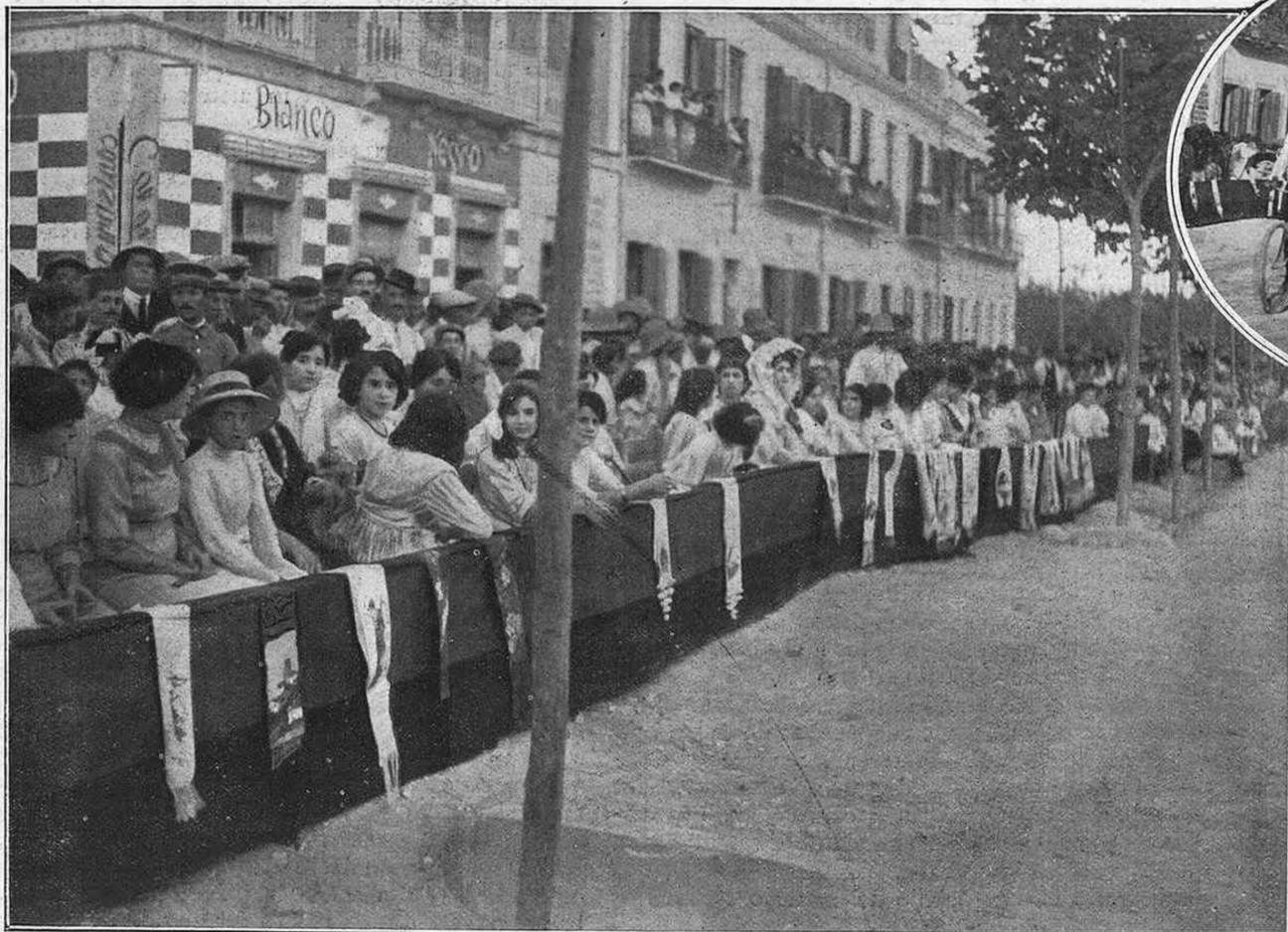
(Se continuará.)

## DE MELILLA

Después de los combates de que dimos cuenta en el último número, han cesado casi en absoluto las hostilidades; los rife-

la fuerza de las armas en la solución definitiva de aquel problema.

En el entretanto, la población de Melilla da cada día nuevas pruebas de afecto y admiración á nuestro valiente y sufri-



Melilla.—Carreras de cintas á beneficio de los soldados heridos.—La tribuna presidencial

rios no han vuelto á atacar nuestras posiciones y en las exploraciones y reconocimientos efectuados por nuestras tropas desde las avanzadas apenas han encontrado enemigos. Hasta los tristemente célebres «pacos» han dejado de molestar á nuestros soldados en estos últimos días.

Todas las noticias concuerdan en que la *jarca* ha entrado en un período de disolución que ha reducido de un modo considerable sus contingentes; sea por el escañamiento sufrido en los últimos hechos de armas, sea por cansancio, sea por el deseo de atender á las faenas agrícolas, únicas que les aseguran las subsistencias, sea por el temor de que ulteriores operaciones completen la obra destructora de las *razzias* parciales que tantos daños han causado á algunas tribus, lo cierto es que el número de los rebeldes situados á la orilla derecha

do ejército. Recientemente varios jóvenes distinguidos de la sociedad melillense celebraron una animada carrera de cintas á beneficio de los soldados heridos. A la fiesta concurrió numeroso público y la comisión organizadora ha entregado el producto líquido recaudado á la esposa del general Arizón, presidenta de la Junta de damas de la Cruz Roja.

## MONUMENTO Á PABLO DUVAL (JEAN LORRAIN)

El eminente novelista, dramaturgo y periodista francés Pablo Duval, más conocido por su seudónimo *Jean Lorrain*, tendrá próximamente un monumento en Fecamp, su ciudad natal. El monumento, cuyo boceto reproduce el adjunto grabado, ha sido confiado al notable escultor Alfonso Saladin, quien ha realizado una obra bellísima bajo todos conceptos: la figura de matrona que se apoya en el fragmento de columna es de una elegancia de líneas y de una armonía de proporciones admirables; el busto del escritor, en forma de medallón, está modelado con intachable corrección, y las flores que sobre él caen contribuyen á la elegancia del conjunto.

Jean Lorrain nació en Fecamp en 1855 y falleció en París en 1906. Escritor sutil, de estilo flexible, incisivo y mordaz, fué un verdadero analista dotado de espíritu poético y un apasionado del color. Publicó varios tomos de poesías, entre ellos *La sangre de los dioses*, *Modernidades*, *Embriaguétes* y *La sombra ardiente*, multitud de novelas y narraciones, de las que merecen citarse especialmente *El bosque azul*, *Los Lipillier*, *En el oratorio*, *Princesa de Italia*, *Horas de Africa* é *Historias de máscaras*; dió al teatro pantomimas, bailes y otras obras importantes como *Prometeo*, tragedia lírica con música de Faure, y colaboró en los principales diarios y revistas parisienses.

## BARCELONA.—LA BANDA MUNICIPAL

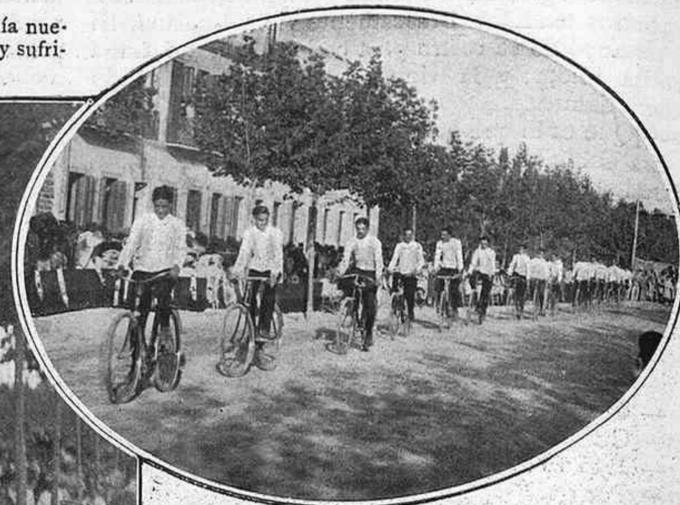
MADRILEÑA

(Véase la lámina de la página 722)

Acompañada del alcalde Sr. Francos Rodríguez y de varios concejales del Ayuntamiento matritense, nos ha honrado con su visita la banda municipal madrileña que dirige el ilustre maestro D. Ricardo Villa. A recibir á los representantes del municipio de Madrid acudieron nuestro Ayuntamiento en corporación, las autoridades, varios senadores y diputados y delegados de muchas corporaciones y entidades, entre ellas del «Orfeo Catalá» y del «Orfeo Barcelonés.» Cambiadas las presentaciones de costumbre, la comitiva se dirigió á las Casas Consistoriales, en donde se cruzaron cordiales discursos de salutación entre los alcaldes de Barcelona y de Madrid, y en seguida organizóse la procesión cívica que fué á depositar en el monumento de Clavé una preciosa corona dedicada por el pueblo madrileño al insigne músico catalán.

Poco después, celebróse en el Pabellón regio del Parque un espléndido banquete con que nuestro Ayuntamiento obsequiaba á los representantes del de la Corte; brindaron en él elocuentemente los alcaldes de Madrid y Barcelona, el gobernador civil y el presidente del Centro Madrileño Sr. Urrutia.

La banda municipal madrileña ha dado tres conciertos; eje-



Desfile de los corredores delante de la presidencia. (Fotografías de Rectoret.)

cutando en ellos composiciones de Beethoven, Weber, Wáagner, Liszt, Chabrier, Borodine, Saint-Saens, Bizet, Bretón, Mascagni y Chapí, nombres que demuestran la importancia y la variedad del repertorio con que aquélla cuenta. Cada concierto ha sido una serie de ovaciones para la admirable banda. Ésta se despidió con un concierto público en la plaza de San Jaime, terminado el cual el Ayuntamiento obsequió á los músicos con un banquete en el Mundial Palace.

## EL MONUMENTO Á LAS CORTES DE CÁDIZ

Completando la información gráfica que publicamos en el número 1.555, reproducimos en el presente el boceto presentado al concurso por los señores Rebarter, escultor, y Borrell, arquitecto.

Los proyectos han sido expuestos al público en el ministerio de Instrucción Pública, por acuerdo que el Jurado, presidido por el conde de Romanones, adoptó en su primera sesión.

La tarea del Jurado ha de ser difícil y laboriosa dado el número y la valía de los proyectos presentados, pero la calidad de las personas que lo constituyen, sus conocimientos artísticos y su criterio imparcial son garantía de que el fallo que se dicte ha de ser justo y acertado. — P.



Boceto de monumento al ilustre novelista francés Pablo Duval (Jean Lorrain), obra del escultor Alfonso Saladin. (De fotografía de Carlos Delius.)

del Kert parece haber disminuído notablemente y que se habla de importantes caudillos que desean la paz.

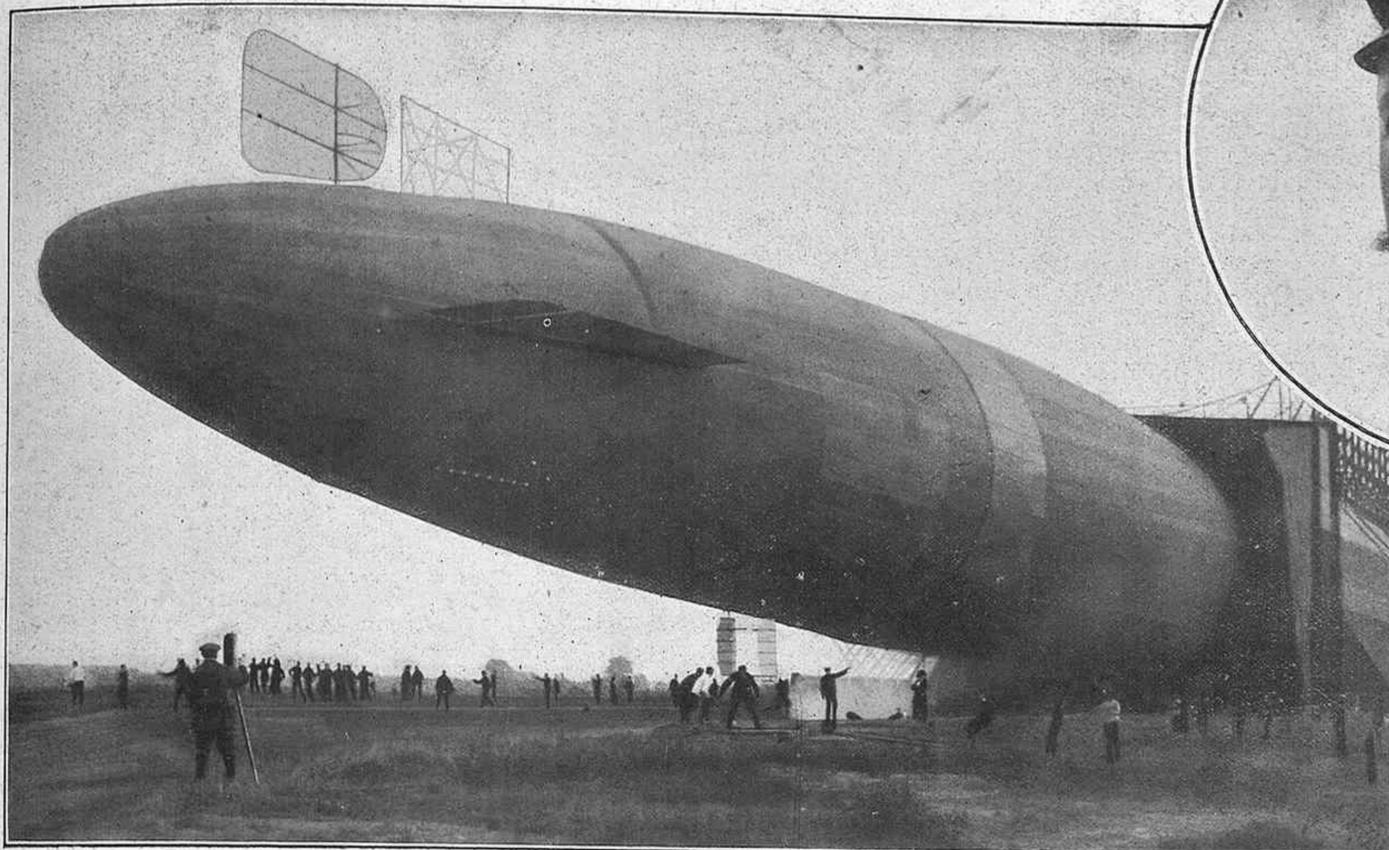
Peo en la actualidad, el principal interés del problema marroquí está más que en el teatro de la guerra, en nuestro ministerio de Estado, ya que en él han de seguirse con el embajador de Francia negociaciones que pueden pesar más que



Monumento conmemorativo del Centenario de las Cortes de Cádiz, proyecto presentado al concurso por los Sres. Borrell (arquitecto) y Rebarter (escultor).

EL NUEVO DIRIGIBLE ALEMÁN SCHÜTTE-LANZ

(Fotografías de E. Frankl, de Berlín.)



El profesor Schütte-Lanz, inventor del globo dirigible de su nombre

El dirigible Schütte-Lanz saliendo de su cobertizo para efectuar su primera ascensión

Después de dos años de trabajo, el profesor Schütte-Lanz efectuó el primer viaje aéreo en el globo dirigible de su nombre el día 17 de octubre último.

El aerostato salió de su cobertizo de Mannheim á las cinco y veinte de la mañana, llevando como piloto al capitán Müller Helferich y dos tripulantes; llegado á la altura de 150 metros, dirigióse hacia el Rin é hizo rumbo á Espira; pero habiendo observado el piloto que el timón no funcionaba bien, descendió á las seis y treinta.

Reparada la avería, emprendió nuevamente el vuelo y regresó sin más novedad á Mannheim.

El Schütte-Lanz es un globo del sistema rígido, tiene la armazón de madera y comprende once globos en su interior; es de forma parabólica, tiene 130 metros de longitud y 18 de diámetro máximo. La armazón consiste en un conjunto de soportes y planchas puestas onduladamente y en posición radial.

Su volumen es de 20.000 metros cúbicos y su peso total es de 7.800 kilogramos.

En las dos góndolas hay sendos motores Daimler que pueden desarrollar una fuerza total de 500 caballos. La góndola central, que todavía no está instalada, servirá para usos militares y llevará dos plataformas laterales en las que habrá máquinas de guerra y municiones para atacar y destruir los dirigibles del enemigo.

El Schütte-Lanz tiene instalado el timón en su parte superior, con lo que se evita el peligro de que, en el caso de un choque violento, quede destruída tan importante pieza.

Dícese que este nuevo dirigible será ofrecido al gobierno alemán.

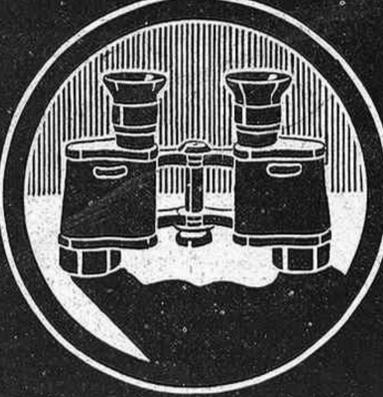
Recientemente también se ha ensayado otro aerostato destinado al ejército de Alemania, el Zeppelin IX. Hace poco, hizo éste sus pruebas oficiales

descendiendo á las tres y quince de la tarde, después de haber permanecido en el aire cerca de ocho horas á una altura de 1.200 metros.

Admitido definitivamente por el ministerio de la Guerra, el Zeppelin IX será destinado á la sección aerostático-militar de Colonia, en donde se hallan ya actualmente otros dos, un Gross y un Parceval; próximamente estos tres dirigibles practicarán maniobras que durarán varias semanas.

Para el servicio de la sección aerostática de Colonia, la administración militar alemana ha creado un tercer batallón que se compone provisionalmente de cuatro oficiales, 22 suboficiales y 200 soldados. Dentro de dos años, este efectivo será aumentado hasta 400 hombres.

Este batallón será alojado en un cuartel especial que se construirá inmediatamente y que estará situado junto al cobertizo de los dirigibles.—S.



**ZEISS**  
GEMELOS  
PARA VIAJE,  
DEPORTE Y CAZA  
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»  
De venta en todos los Establecimientos  
de Optica, y por  
**CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA**  
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo  
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**



Regulariza el flujo mensual,  
corta los retrasos y  
supresiones así como  
los dolores y cólicos  
que suelen coincidir con las  
épocas.

PARIS, 8, Rue Vienne  
y en todas farmacias.

**SALUD DE LAS SEÑORAS**

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Setne.

BODA DEL ARCHIDUQUE CARLOS FRANCISCO JOSÉ, FUTURO EMPERADOR DE AUSTRIA,  
CON LA PRINCESA ZITA BORBÓN DE PARMA



El emperador Francisco José y los novios en la terraza del castillo de Schwarzaau recibiendo las aclamaciones de la multitud (De fotografías de Carlos Trampus.)

Después de la ceremonia. A la derecha, los novios; en el centro, el emperador Francisco José y la duquesa de Parma, madre de la novia.

En el castillo de Schwarzaau, propiedad de la duquesa de Parma, efectuóse con gran solemnidad, el día 21 de octubre último, la boda del archiduque Carlos Francisco José, futuro heredero de la corona imperial austrohúngara, con la princesa Zita Borbón de Parma.

El archiduque Carlos Francisco José, nacido en 1887, es hijo del archiduque Otón y será llamado al trono á la muerte del actual heredero, archiduque Francisco Fernando, por haber éste, cuando contrajo matrimonio morganático en 1900 con la condesa Chotek de Chotkowa, princesa de Hohenberg, renunciado á los derechos á la corona que pudieran corresponder á sus hijos.

La princesa Zita Borbón de Parma es hija del duque Roberto, desposeído del trono de Parma, y de la duquesa María Antonia de Braganza, infanta de Portugal, y cuenta diez y nueve años.

Este matrimonio no es hijo de una razón de Estado, sino de un idilio de amor que comenzó en la infancia, en Viena, en donde el archiduque y la princesa se encontraron varias veces, siguió en Reichnau, magnífica residencia del archiduque Otón, donde aquéllos estuvieron juntos largas y frecuentes temporadas, y continuó en las aguas de Franzenbad, donde pudie-

ron tratarse íntimamente, emancipados de las reglas severas de etiqueta que preside todos los actos de la corte de Austria.

En la mañana del día señalado para la boda llegó al castillo de Schwarzaau el emperador Francisco José, siendo allí solemnemente recibido por los miembros de la familia de Borbón. Poco después organizóse el cortejo nupcial por el orden siguiente: el archiduque Carlos Francisco José, llevando á su derecha al emperador y á su izquierda á la archiduquesa María Josefa; la princesa Zita, á quien acompañaban el príncipe D. Jaime de Borbón, duque de Madrid, y la duquesa de Parma; y finalmente el rey de Sajonia, el archiduque heredero Francisco Fernando, los demás príncipes y princesas y los altos dignatarios de la corte.

La novia vestía rico traje blanco cuya larguísima cola estaba adornada con flores de lis de plata; ceñía su cabeza una preciosa diadema de brillantes, regalo de boda del emperador, y una guirnalda de mirto, de la cual pendía el velo nupcial de encaje de Bruselas; la falda llevaba riquísimos encajes antiguos, regalo de la reina de Portugal, madrina de la princesa, y que la augusta dama había ostentado también en su traje de novia.

La comitiva se encaminó á la capilla del castillo, cuyo altar estaba espléndidamente decorado con plantas y flores raras. Bendijo la unión, delegado especialmente por el Papa, monseñor Bisletti, mayordomo de S. S., quien pronunció una sentida plática felicitando á los jóvenes desposados en nombre del Sumo Pontífice y diciéndoles que éste implora del cielo para ellos toda suerte de bendiciones y felicidades.

Terminada la ceremonia religiosa, los novios, acompañados del emperador, de los archiduques y de los príncipes, salieron á la terraza del castillo, en donde una multitud numerosa les aclamó entusiastamente.

Después celebróse el banquete oficial, á cuyo final el emperador brindó expresando la satisfacción que le causaba la elección que el archiduque Carlos Francisco José había hecho de la princesa Zita de Parma, á la que saludó gozoso en el momento de entrar á formar parte de su familia, dando las gracias á la augusta madre de la princesa por haber dado su consentimiento á la unión de aquellos corazones, y haciendo fervientes votos por la felicidad de los jóvenes esposos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

INSTITUCIÓN ESPAÑOLA DE EDUCACIÓN FÍSICA. — Folleto que contiene la sesión preparatoria con los discursos del doctor Forn, presidente, y de los Sres. Valdés y Piñal, los estatutos y el reglamento por que habrá de regirse esta institución, domiciliada en Madrid y cuyo objeto es desarrollar la salud, la belleza y la fuerza, es decir, el ejercicio corporal de todos los españoles mediante una educación física racional.

MÉTODO DE LECTURA Y ESCRITURA SIMULTÁNEAS, por F. Rodríguez Cuevas. — Colección de ejercicios acertadamente



dispuestos para que el niño pueda fácilmente aprender á leer y á escribir á la vez. Un folleto de 32 páginas impreso en Barcelona, en la imprenta de la Viuda de Luis Tasso; precio, 20 céntimos.

PERPINYANENQUES, por Alberto Saisset. — Colección de poesías escritas en el catalán popular del Rosellón. Sencillas por sus asuntos, son un modelo de observación de tipos, caracteres y costumbres, y á esto se debe en gran parte la popularidad de que gozó su autor en el Mediodía de Francia. Un tomo de 112 páginas con un prólogo de Pedro Vidal y una lista de palabras fosellonesas con sus equivalencias catalanas; forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que se publica en Barcelona. Precio 50 céntimos.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN